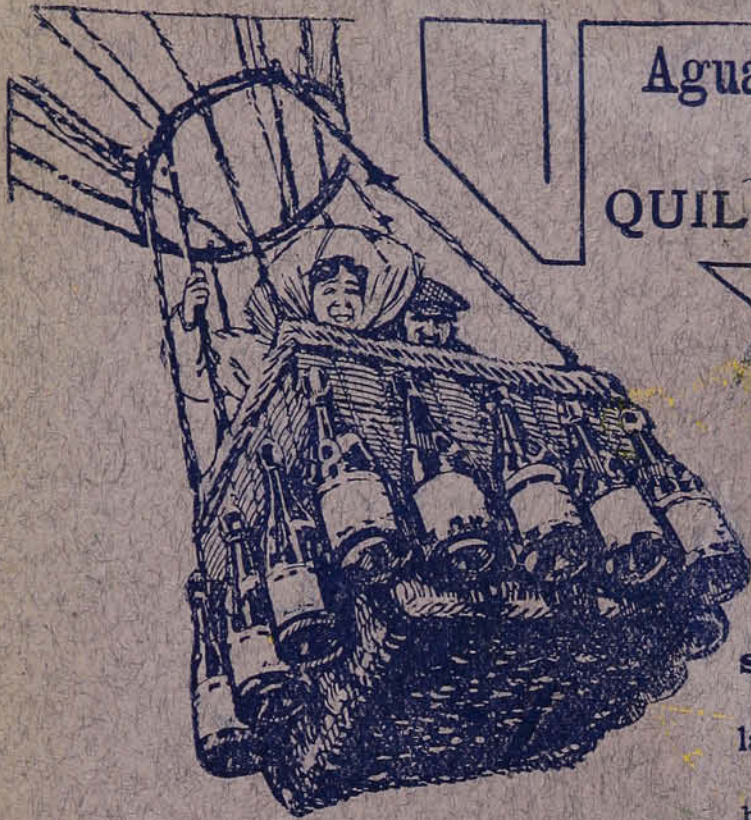


Pluma
y
Lapiz

Ernesto
-912-



Agua Mineral
Fuente del Indio
QUILLOTA



Sana, Agradable, Digestiva
La mejor para acompañar
las comidas.

Imposible pasar sin ella después de
haberla probado **una sola vez.**



Usé los productos

JUNOL

y ya no me cabe
duda de la tersura
y limpidez que ad-
quiere un rostro.

Jabones

PRODUCTOS
JUNOL

Esencia



ÚSELOS UD. TAMBIÉN

JUNOL



LOS PRODUCTOS JUNOL

Rejuvenecen dan al cutis
una transparencia verdade-

Polvos

ramente envi-
diable. : : :

Cremas

PRUÉBELOS-JUNOL-PRUÉBELOS



Imprenta

Sud-Americana

A. PRAT, 1122

EJECUTA TODO TRABAJO

◇ DE IMPRESIONES Y ◇

ENCUADERNACION. ◇ ◇

PRECIOS EXCEPCIONALES

RECIBE ORDENES DE PROVINCIAS





— ¡Tú, en la cocina, y leyendo Casta Susana? ¡
— ¡Claro, mamá... ¿qué voy a hacer si ustedes las de la Liga no me dejan verla en el Teatro?...

PLUMALAPIZ

«SEMANARIO DE ARTE»

ADMINISTRADOR
Arturo D'Alencon

DIRECTOR
Fernando Santivan

DIRECTOR ARTÍSTICO
Cristóbal Fernandez

SECRETARIO DE
REDACCIÓN
Daniel de la Vega

Correspondencia al Director: Casilla 2443
□ Oficina de Redacción: Morandé 432 □

Administración; Suscripciones, Avisos, Informes,
□ □ □ □ □ Casilla, 1684 □ □ □ □ □

AÑO I

SANTIAGO, 2 DE AGOSTO DE 1912

NUM. 3

Resurgimiento

En todas las esferas de la actividad nacional comienza á sentirse varios síntomas de reacción que bien pudiera convertirse en una etapa de florecimiento moral en nuestra patria ofuscada por largas crisis.

La juventud levanta su voz; hace efectivos sus derechos, se agrupa, escudriña en el horizonte, se agita y procura formarse ideales por los cuales combatir.

Después de un largo marasmo, tales indicios reveladores permiten esperar para la patria días mejores.

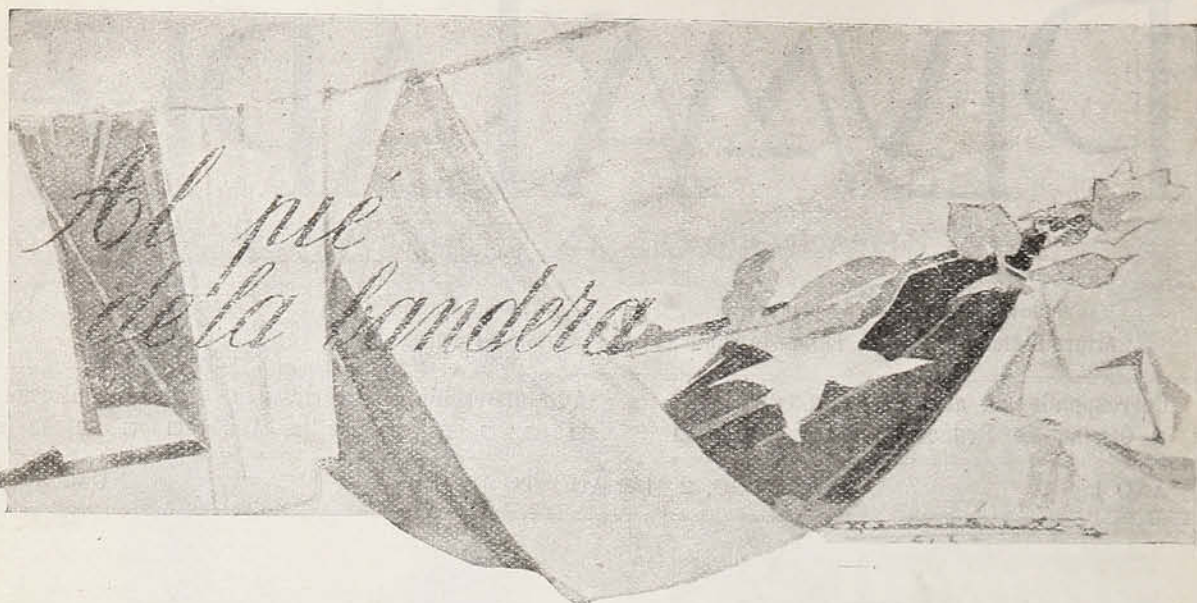
La literatura, como otros ramos de la actividad nacional, comienza también á dar muestras de vida activa, de vida vigorosa y fecunda. Una verdadera sed de idealismo se desarrolla lentamente en el espíritu de la nueva generación de escritores, y cada cual, después de capear por sus pendones de individualismo rabioso, (llámase) egoísmo, busca á tientas en la penumbra la mano del compañero para alcanzar en fraternal jornada la luz que allá lejos se divisa, como un faro común que guía nuestros pasos.

La literatura, el arte, es como la conciencia de un pueblo. Así como el hombre necesita de la palabra, de la voz, del gesto, para expresar sus íntimos sentimientos y emociones, una nación ha menester de un arte propio y original que ponga de manifiesto ante el mundo su grado de cultura.

Por eso, desde estas columnas invitamos á nuestra juventud, sin distinción de colores políticos ni otros de ninguno especie, á que hagan sentir su voz simpática y triunfal como los clarines anunciadores de una victoria cercana.

Que, unidos todos, artistas y hombres de estudio, los que piensan y los que sueñan, espíritus prácticos ó visionarios, contribuyan con su parte á desarrollar la naciente reacción moral é intelectual de que hablamos.

Estas páginas acogerán con júbilo toda manifestación que diga de verdaderos entusiasmos por sanos ideales, significando que estamos cansados de mantener todo un pequeño, miserable, pero poderoso mundo de cretinos, falsarios y explotadores sin conciencia...



Ciudadanos!
 ¿Qué nos une en este instante, quién nos llama,
 encendidas las pupilas y frenéticas las manos?
 ¿A qué viene ese clamor que por el aire se derrama
 y retumba en el confin?
 No es el trueno del cañon,
 no es el canto del clarin,
 es el épico estandarte, es la espléndida orifl. ma,
 es el patrio pabellon
 que halla en cada ciudadano un paladin.

Oh, bandera,
 la querida, la sin mancha, la primera
 entre todas las que he visto! Como siento resonar
 no en mi oido, sino dentro de mi ardiente corazon,
 tu murmullo
 que es la alerta y es arrullo,
 tu murmullo que es consejo en la tertulia del hogar
 y que en medio de las balas es rujido de leon!

¡Como siento que fulgura, con qué ardores,
 la gloriosa conjunción de tus colores,
 flor de magia, hecha de fuego, de heroismo, de ideal.
 ¡La bandera! La soñamos inmortal
 con su blanco, con su rojo, y con su azul es que

[descuella,—
 perla viva y colosal,—
 esa estrella
 arrancada para ella
 al océano de luz del cielo austral!

La hemos visto desde niños, la queremos
 como amamos á la novia, con supremos
 arrebatos, con ternura, con unción.
 Ella vive palpitante en las visiones familiares
 de los días escolares
 y al mirarla hecha girones nos parece
 que ella grita al desgarrarse porque mece
 lo que aun queda en nuestras almas de esperanza y
 [de ilusión!

¡Todo pasa! Viento trágico y siniestro
 nos arranca lo que amamos, lo que es nuestro,
 padre noble, dulce madre, tibio hogar.
 Somos huérfanos, erramos, dolorosos peregrinos,
 por insólitos caminos
 y al azar...

¡Sólo tú, bandera, quedas, sólo tú, que nunca mueres
 porque tú eres
 toda el alma de la patria, bajo el cielo ó sobre el mar!

¡La bandera! ¿Quién olvida
 que ella ha sido como un hada para nuestra edad
 [florida?

¿Quién al verla que, á pleno aire, se levanta
 no la advierte como un alma enamorada de la vida?
 ¿De qué trémula garganta,
 en los grandes dias patrios, se escapó una nota sola,
 á que no haya respondido
 como el eco mas sentido
 la bandera que tremola
 en lo alto de un madero carmómico
 de la escuela, de la iglesia ó del torreón?...
 ¿Qué muchacho, entre la gresca vocinglera
 de setiembre, malamente disfrazado
 de soldado
 no ha jurado
 convertirse en héroe patrio y defender de su bandera
 hasta el último girón?

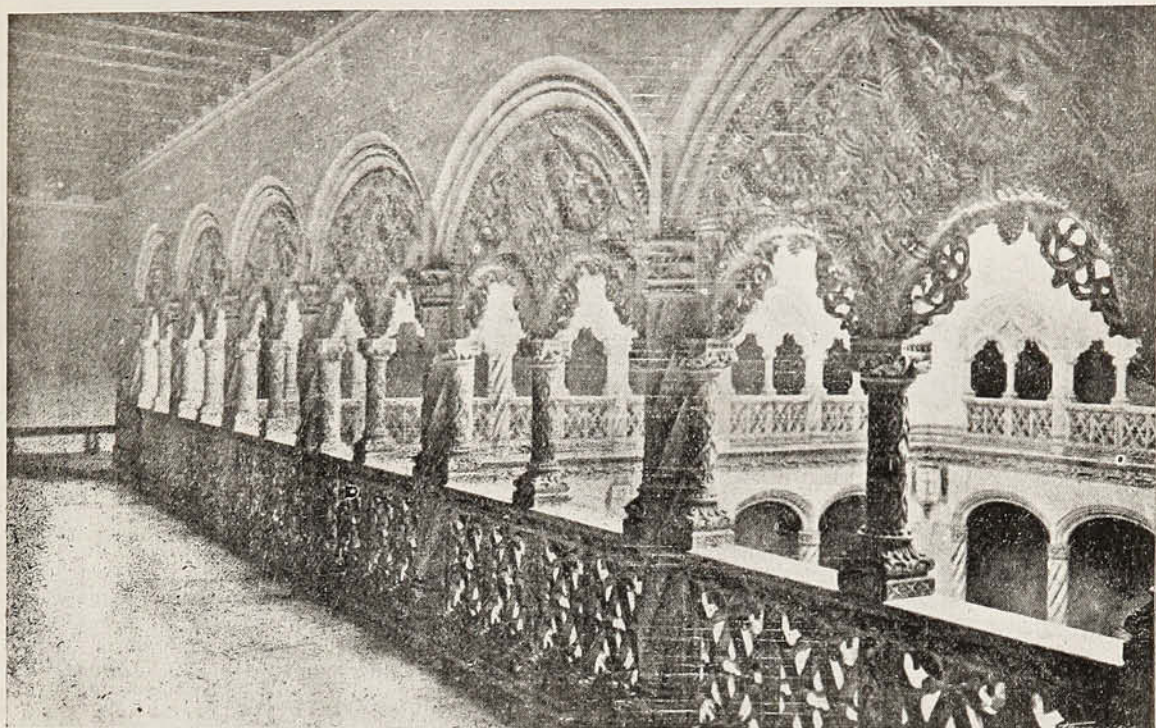
Oh, bandera! Trapo santo!
 Hay ingratos que te niegan, que se burlan del encanto
 con que envuelves y fascinas, que no entienden el
 [lenguaje

de tu risa y de tu llanto.
 Mientras tanto
 yo sé bien que no hay ninguno que, nostálgico te
 [mire

y no tiemble, y no suspire,
 y no llore en tu homenaje.
 Yo sé bien que á mas de un pobre desterrado
 toda el alma en un sollozo has arrancado
 cual se arranca el duro hierro de una herida,
 cuando errante por naciones extranjeras
 con su fardo de dolor,
 ha observado que entre un bosque de banderas
 sólo falta la que amó toda su vida,
 ¡la bandera tricolor!

Yo sé bien lo que se siente cuando á solas
 desde un barco, mar afuera entre las olas
 se percibe la silueta de un peñon
 y sobre él, á todo viento, la bandera,
 la bandera que saluda cariñosa,

El Colejio de San Gregorio de Valladolid



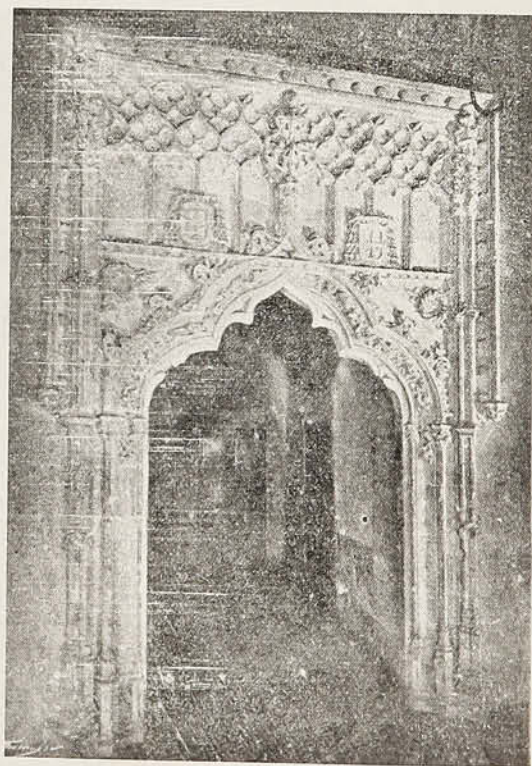
Uno de los corredores del Colejio de San Gregorio en Valladolid

Las obras del Colejio de San Gregorio, comenzadas en 1788, pertenecen, según la mayoría de los historiógrafos de la arquitectura roquímica de la península al arte ogival, á la complicada arquitectura gótica, hija del boato y de la generosidad de los reyes godos que poblaron de monumentos inmortales casi todas las ciudades del reino. El arte gótico era el arte del detalle, el artista cuidaba más de la refinada complicación de las flores de lises que sostenían las columnas de los patios ó la artesonada complicación de las bóvedas é interiores. Por esa causa el edificio, con ser de una soberana magnificencia de conjunto, tiene detalles de cierta simplicidad descuidada, sobre todo en los patios interiores, pero en cambio, si la portada de San Gregorio tiene un recargo estremado, una exuberancia rayana en lo inverosímil, denota en la graciosa talladura de los calados del gran arco conupial el nacimiento de un arte nuevo, el esfuerzo de los arquitectos peninsulares por libertarse de la influencia de los artistas franceses que habían traído é implantado en España los sistemas de la suya.

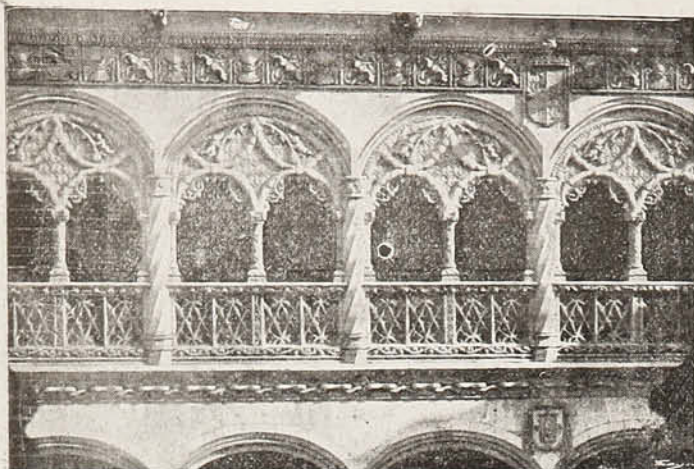
Lampires lo llama «monumento gótico barroco, así completo, con fachada, patio, escalera, y aulas de grandísima importancia artística-arqueológica».

La magnificencia del edificio valí soletano ofrece al arqueólogo-artista que estudie en los mil detalles complicados de patios y bóvedas la transición del arte gótico al del renacimiento, amplísimo campo de estudio. La leyenda del Macías Carpintero, archi-

tecto-escultor de origen morisco que se degolló con una navaja «estando labrando y dirigiendo» este cole-



Puerta interior



Detalle de los corredores

gio, hace soñar con la mezcla de razas que en la península se formaba. Bien pudo ser que los artesanados mudéjares que resaltan en el fondo gótico pasó de los adornos, sean algo así como los ojos negros y brillantes bajo el nimbo de una cabellera rubia, de talla mesurada y elegante.

En realidad, se puede soñar y fantasear á su antojo, soltando al campo á la loca de la casa; pues, como dice muy bien Cesar Bermudes, al enviar el exorno, la exhuberancia del ornato, es preciso dejar á un lado la crítica imparcial y serena, que demandan la razón y el estudio para dejar correr la fantasía en un en un sueño de opio de las Mil y una Noches.

(De «Museum»)

“BOCETOS CHILENOS”

Bajo este título aparecerá próximamente un libro de cuentos del reputado escritor chileno don Rafael Maluenda.

Harto conocida es ya la pluma de Maluenda para que necesite de presentaciones. Sus «Escenas de la vida Campesina» le han valido una inconfundible personalidad entre los artistas de su generación. Como pocos, ha sabido aprisionar en sus bellísimos cuentos, las costumbres nacionales, la vida de nuestros huasos el alma entera de las campiñas, con un colorido magnífico que le ha dado el aplauso no solo de nuestro

pequeño mundo literario, sino también de brillantes personalidades extranjeras.

Esta colección correctísima será la primera de una serie de «Nouvelles», que este escritor piensa publicar bajo el título de «Bocetos chilenos». Las portadas de estos libros serán del conocido artista C. Fernández. De la edición se ha hecho cargo don Armando Hinojosa.

No dudamos de que estos artísticos libros alcancen el brillante triunfo que merecen, pues el público siempre ha sabido apreciar el vigoroso talento de este artista.

LIGA PRO-MORALIDAD TEATRAL



Durante la reunión celebrada en “El Mercurio” el Jueves 25 del presente

LOS FUNERALES DEL Sr. JOAQUIN GUZMAN VERGARA



Vista tomada el 23 de Julio en el Cementerio General, en los funerales de la víctima del anarquismo

COLOQUIO ESPIRITUAL

I

En mi benedictina estancia,
Sobre el papel verde se vé,
(Recuerdo de mi loca errancia)
Una Parisiense de Helleu.

Encantadora flor de Francia,
Se adivina su almita, se
Siente su erótica fragancia
En su rubor de rosa té.

Al despertarme cuando el día
Asoma por la celosía,
Y alza el pájaro su cantar,

Parece animarse en su marco;
Poniendo la boquita en arco
Me suele hablar, me suele hablar:

II

—¡Vaya un maravilloso viaje!
¿Como tú, poeta sutil,
Me has conducido á ésta pueril
Tierra de América salvaje?

¿Para qué mi bonito traje?
¿Para qué mi rostro gentil?
Tus amigos (Ya sé: son mil...)
No me ofrecen un homenaje.

Llêgan á verte con un modo...
Hablan de arte, de amor, de todo,
Ni una mirada para mi.

¿Porque no vienen niñas tiernas
De ojos azules, finas piernas?...
¡En Chile, no hay mujeres, dí?

III

—Comprendo tu melancolía,
Rubia parisiensita hurafia,
Pero está tierra á ti estraña
Para mí es de inmensa valía.

Esta tierra cruel y bravía
Que entenebrece la montaña,
Y ahoga á trechos la cizaña
Es mi patria, cruel, pero mía,

En ella derramó su esencia
La rosa de mi adolescencia,
Y hoy mis canciones se derraman.

En ella deshojan sus vidas
Mi madre y mi hermana queridas,
En ella me aman, me aman.

IV

—¡Ah, poeta! Y en mi lejana
Gran Ciudad ¿no hay alguien, talvez
Una hada blonda cual la mies,
Que por tí suspira y se afana?

Yo la veo en la sala vana
De tu presencia. (Tú ¿la ves?)
Silente, pálida la tez,
Sentada frente á la ventana.

Cada automóvil que desfila
Por la calle opaca, tranquila,
La hace erguir la frente de oro.

A veces va hacia las extrañas
Cortinas: Vuelve: en sus pestañas
Vacila una perla de lloro...

FRANCISCO CONTRERAS.

21 de Julio de 1912.

NUESTROS ESCRITORES

DON LUIS ORREGO LUCO

(A propósito de la próxima aparición de su novela «En Familia»)



Don Luis Orrego Luco en su sala de trabajo (Fotog. por Rapa)

EN mi recuerdo veo siempre á Don Luis Orrego Luco unido á los días más esplendidos de primavera, á esas mañanas en que el sol triunfa volatilizando los perfumes de las plantas hasta hacer la atmósfera pesada y enervadora.

Y es que siempre que sonrío el buen tiempo, don Luis Orrego no deja nunca de hacer su visita matinal al Cerro Santa Lucía. Allí solía encontrarlo. Bajo una glorieta enredada de jazmines, ó junto á un muro de piedra por la cual suben las rosas diminutas ó la yedra austera y exuberante nuestro novelista va á descansar de las fatigas de su labor. A su lado, en el fragil sientto de madera, un libro abierto muestra sus letras negras convidando á la lectura, mientras un poco más allá un plato ofrece sus naranjas doradas de azucarado perfume.

El escritor, inclinada la cabeza, parece meditar ¿Piensa en las últimas páginas leídas, ó construye un nuevo capítulo de su novela? Sería difícil averiguarlo. Como única respuesta á la muda interrogación, toma distraidamente una naranja, la morda con reposo, y saborea uno á uno sus lóbulos jugosos. A su alrededor, la luz tamizada a través de los eucaliptus y las encinas lo inunda todo en verdosa claridad. Apenas turban la paz del solitario paseo algunos niños que juegan vigilados por sus ayas ó algún carruaje de lujo que suele pasar al trote de sus troncos arrogantes, con tintineos de cadenas y el sordo rumor de sus llantas engomadas; de sus mullidos asientos asoma la silueta de una mujer aristocrática y saluda al pasar con el gesto especialísimo que constituye como un privilegio de francmasonería entre las gentes del gran mundo. El rostro de don Luis Orrego se anima súbitamente, sonrío y contesta. Luego vuelve á su actitud de reposo i meditación...



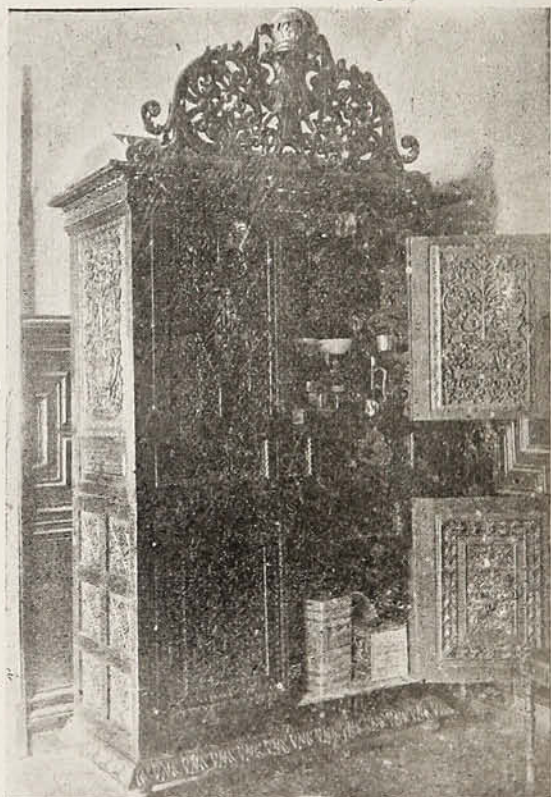
Fuí á visitarlo. Deseaba sorprender al novelista en su retiro de trabajo, en su vida de hogar, rodeado del ambiente que debe de estimular sus nervios y excitar

su imaginación al trabajo creador: necesitaba interrogar á los muebles, á las paredes, á los patios, á los cuadros, á los salones, á todas las cosas mudas que rodean la intimidad de este escritor que sabe arrancar á su cerebro tan intensas vibraciones de color y de vida.

Habita una casa antigua, en calle solitaria y asoleada. El Santa Lucía,—monumento que eleva la fantasía de su propio siglo, el inolvidable don Benjamín—sirvele como de baluarte á la olarugiente de la ciudad que bulle un poco más allá, impidiendo turbar el reposo que requiere toda labor artística.

La macisa puerta ostenta un pesado aldabón de piedra, testimonio de vetustez innecesario junto al botón que á su lado habla de los modernos progresos de la electricidad, pero que el escritor, enamorado de todo lo antiguo, ha querido sin duda conservar como un detalle artístico.

Al abrirse la mampara aparece el ancho zaguán, y el jardín, al fondo, rodeado de corredores con pilares, ni más ni menos que las mansiones del tiempo colonial. Sensación de reposo, de tranquilidad. Solamente el sol habla en el silencio de la tarde invernal que recuerda, por su tibieza, una cálida siesta de estío. Se creyera oír en el aire el zumbido perezoso de un panal de abejas... Pero nó; es el



Su casa es un verdadero museo de arte. Una colección de muebles y objetos antiguos. (Fot. por Rada).



En un ángulo de su espléndido estudio. (Fot. por Rada).

golpeteo lejano de una máquina de escribir. El maestro labora con febrilidad, en el silencio de su mansión señorial, sentado ante su Underwood, último modelo norte americano...



Exquisito en su amabilidad, don Luis Orrego Luco es el tipo del caballero culto, sencillo y hospitalario, de que hablan las crónicas al recordar á don Isidoro Errázuriz ó á don Vicente Grez. Recibe como un gran señor y pone en su sonrisa la simpática y sencilla expresión de bienvenida que acorta las distancias y hace olvidar las asperezas de una primera visita.

Mis primeras palabras son de admiración para las preciosidades de museo que adornan las paredes de su sala de trabajo. Viejos escudos de hierro incrustados de plata, dagas moriscas, espadones de la vieja Alemania, ricas casullas bordadas de oro, agimeces de forma voluptuosa y llena de misterio, lámparas de aceite talladas en plata, cajuelas de la colonia esculpidas como encajes á punta de cuchillo, viejos sillones de cuero, peinetas de carey afilegrinado, y, esparcidos por aquí y allá, ricos cuadros de autores nacionales y extranjeros, todo ello en un arreglo tan ar-

monioso que por sí solo constituye una obra de arte y predispone el espíritu en forma agradable.

—Pero si es un verdadero museo!—le digo paseando la mirada á mi alrededor.

—Oh, nó—me dice el señor Orrego con ademán de modestia.—Apenas unas cuantas cosillas recogidas á costa de mucho trabajo.

Y como viera que insistía en mi afán de curiosarlo todo, se decide á mostrar su tesoro de coleccionista.

—Vea Ud... esa espada vieja que cuelga ahí... Tiene su historia... La encontré en poder de un viejo soldado de la campaña del Pacífico. La adquirí por unas cuantas monedas, toda oxidada, solamente por su forma que me indicaba que debió pertenecer á un soldado de la conquista. La hice poner en parafina ocho días y á fuerza de limpiarla, descubrí esa inscripción... acérquese y verá...

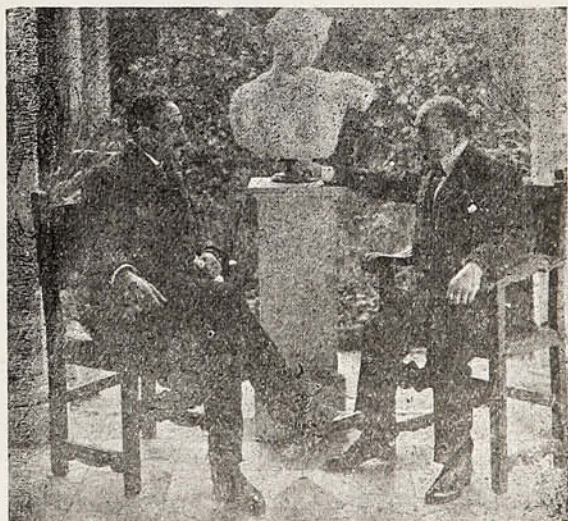
Me acerqué y leí, en las toscas letras de estilo antiguo.

—«Francisco Pizarro»...

—¿Así es que esta espada perteneció?...—pregunto con asombro.

—No cabe duda: al propio conquistador del Perú... Imposible que el soldado á quien se la compré haya pensado en una mistificación. ¡Se habria hecho pagar mejor! Por lo demás, su acero ha sido forjado en la mejor fábrica toledana, y podría cortar de un golpe un árbol sin que nada le pasara...

Y como el señor Orrego notase el interés con que escuchábamos su relato y admirábamos las piezas de su colección, nos lleva á otras habitaciones, señalándonos nuevas curiosidades artísticas; aquí un retrato de la escuela quiteña de don Juan Francisco León de la Barra, capitán general del virreynato del Perú, su ilustre tatarabuelo, más allá una tela auténtica de Zurbaran, acá un cofre precioso que tuvo el honor de encerrar la bandera del Huáscar regalada á Grau por las damas limeñas; y en el comedor, unos macizos y elegantes aparadores tallados que pertenecieron al general San Martín, platos de Sajonia con monogramas de casas reales, un gran escaparate cuyos tallados constituyen una filigrana de incomparable her-



El señor Orrego L. y el director de esta revista departen en uno de los corredores

tuosura... ¿Sería posible hacer una enumeración completa?

—¡Pero si es una mina! un filón inagotable—, observa yo al pasar.

Y el señor Orrego respondía:

—Oh, poca cosa, poca cosa...

Y nos señalaba una nueva obra de gran valor:



Don Luis Orrego Luco nos guía á través de su casa dándonos detalles sobre cada una de las joyas artísticas que en ella hay diseminadas, con su inquietante exuberancia de hombre plétórico de vida, cuya palabra no le basta para expresar la exagerada y rápida proce- sión de las ideas.

A don Luis Orrego es difícil interrogar sobre un tema determinado. No escucha, aunque parezca poner una atención y un interés muy grandes. Su vista pasa por encima del interlocutor para fijarse en un fantasma lejano que sólo él puede ver.

Y cuando la ocasión se presenta, interroga á su vez, y á la primera pregunta sucede otra y otra, sin dar tiempo á la respuesta.

Fuma; se agita. Su rostro se congestiona. Los temas de actualidad política ó social lo apasionan con una intensidad que muchas veces se nos hace difícil explicar, acostumbrados como estamos á los caracteres tibios, á los espíritus indiferentes ó apáticos.

Habla sobre política. Oídlo: «La desorganización en nuestro país es completa. La moralidad ha desaparecido en absoluto. Faltan hombres. ¡La nación marcha á pasos agigantados á una bancarrota segura. ¿Qué remedio para impedir la completa gangrena social?...

No tenemos aristocracia. Impera una oligarquía de arribistas adinerados. La salvación la traería un caudillo que dirigiera las turbas inconscientes, sin explotarlas, que les enseñase sus verdaderos derechos y arrasara con toda la inmundicia existente. Pero ese hombre no debe salir del pueblo. Debiera venir de arriba, para que, conociendo las malas artes de los oligarcas, supiera defenderse y vencerlos en buena lid»

Deja escapar una bocanada de humo azul que sube en espirales en el claro ambiente de la sala de trabajo bañada de sol. Víctor Hugo sonrfe desde la altura de su pedestal de semi-dios y don Rafael Alta-

mira espacia su mirada serena por la pieza poblada de armoniosas formas de arte y confort. La vida es bella á nuestro alrededor, invita á vivirla. Del interior de la casa llegan risas de niños, sofocadas por las paredes.

Don Luis Orrego se sienta cómodamente en su mullido asiento de cuero y repite de nuevo, abstraído, con sus venas hinchadas por la concentración del pensamiento:

—La podredumbre amenaza invadirlo todo, todo... La vida en Chile se hace intolerable...

Don Luis Orrego Luco es en la actualidad nuestro primer novelista. Su estilo, cálido y vibrante, se presta para expresar la pasión en todos sus matices, en sus

rugidos de fiero en celo y en sus tiernos arrullos balbucientes. Observador y psicólogo, sabe dar á sus novelas un interés que no decae un instante, guiando la acción con una maestría admirable. Es novelista de raza: posee la visión de la novela como un hombre de negocios pudiera tener el golpe de vista comercial, ese que pocas veces engaña y conduce las especulaciones á un término previsto, con seguridad matemática

«Casa Grande», sigue siendo la mejor novela chilena que se ha escrito en los últimos tiempos, é «Idilio Nuevo», libro acabadísimo, lleno de fuego, de sentimiento y de observación de nuestro ambiente social, hace digno pendant con la primera.

Lo interrogamos sobre su última obra, «En Familia», que viene publicando como Folletín en «El Diario Ilustrado» y que aparecerá en pocos días más en forma de volúmen.

—Es un libro escrito con gran cariño— responde. Pretendo

pintar, al través de la vida de una familia, toda esa interesante época que precedió á la revolución del noventa y uno. Deberé terminar con la primera jornada de esa campaña trascendental de nuestra vida de nación independiente. Solo que el tema que pensé desarrollar en un solo volúmen me ha resultado un poco grande y me sobró material para otros dos libros que formarán con el primero una obra dividida en tres ciclos.

—¿Una novela en varios tomos, entonces?

—Nó, tres novelas separadas que se completan por el espíritu que las inspira.

Inclina la cabeza sobre el pecho y se pierde en sus meditaciones. Sobre su mesa escritorio sonrien dos ramos de orquideas en sendos floreros de cristal,



.. Comparte su tiempo entre su obra cálida, apasionada, y los tranquilos goces del hogar... He lo ahí entre sus dos hijos menores. (Fot. por Rada).

alargados como aristocráticas manos femeninas. Son como dos centinelas frágiles y esbeltos que vigilan con su frescura sonriente las febrilísimas elucubraciones del escritor!



Al abandonar la casa del autor de «Casa Grande», llevaba en el espíritu la agradable sensación de haber vivido una hora de simpática vibración espiritual; el recuerdo de una hospitalidad franca y cariñosa en un

ambiente en que florecen la generosidad, el santo amor a la familia, el culto por el pasado austero y noble, y la admiración por todas las inquietudes de los modernos progresos.

El maestro me despidió tal como me había recibido: con su amable cortesía de gran señor, con su eterna sonrisa de hombre bondadoso que conoce de las amarguras y traiciones de esta vida y de las fragilidades humanas.

FERNANDO SANTIVÁN.

EL REGRESO

Te encontré en el salón. Una historia lejana
Me contaron amantes tus pupilas de añil,
Y me mostró cruelmente la luz de la mañana
Todo lo mismo: El piano, el álbum y el atril.

Oh! mi novia perdida, virgencita profana,
Tu ya no eres mi rubia colegiala gentil
Qué sorprendí leyendo detrás de una ventana
Bajo la luz enferma de una tarde de abril.

Charlamos y reímos. Me hallaste muy cambiado.
Hojeamos el álbum todo garabateado
En donde había versos escritos por los dos.

Y quedó en nuestros labios nuestra charla des-
[hecha
Cuando al pie de un soneto encontramos la fecha
De aquella tarde opaca cuando te dije adiós!...

DANIEL DE LA VEGA.

La última campaña presidencial de Roosevelt



Las sufragistas en New York.—(De l'Ilustración).

DE FRENTE AL VIVIR

Atras, quedó el hogar: su tierna anciana,
presagiando el fracaso de su exodo;
atras, quedó el amor: la blanca hermana
de su espíritu...Atras, se quedó todo...

Marchaba hácia al vivir. Solo su empeño
iba con él á la conquista osada;
léjos, al frente, divisaba un sueño
hecho verdad... Y ¿qué es un sueño? Nada...

Toda la casa lo abrazó llorando;
el dijo apenas: en el alma os llevo.—
Se ensombreció la casa como cuando
murió el abuelo, y se alejó el mancebo.

Se alejó reteniendo en la pupila
la visión familiar plena de encanto:
la buena madre, la niñez tranquila,
los seres que vió siempre y que amó tanto...

Era una tarde gris, y era una angustia
como la tarde la que en sí llevaba.
Hasta ella llegó, la boca mustia
para los besos, la conciencia esclava.

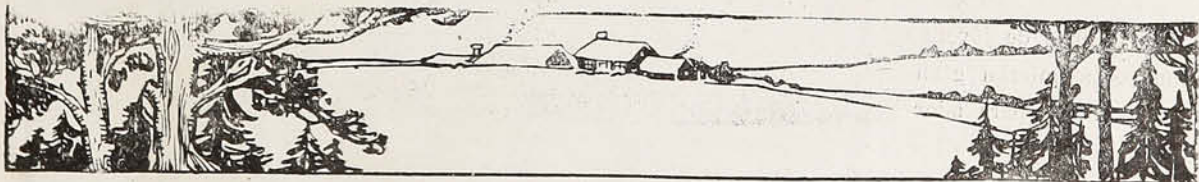
Y hablaron de su amor, del mundo inmenso,
del Arte, de las grandes utopias
y también del dolor que es el incienso
de toda procesión de fantasías...

Al fin, cantó un reloj. El dijo: escucha,
es hora.—¿Hora de qué?—y horrorizada
se respondió á sí misma: hora de lucha
hora de sacrificio en la jornada.—

Lo abrazó: El quiso hablar; pero era tanto
el pavor de aquella despedida
que entre un crispár de nervios rompió en llanto
y se fué mudo...Mudo hácia la Vida.

Atras quedó el hogar: su tierna anciana
sollozando el fracaso de su exodo;
atras quedó el amor: la blanca hermana
de su espíritu...Atras se quedó todo...

ALFREDO GUILLERMO BRAVO.



La Trata de Flores



En la Alameda, frente a San Francisco, después de la misa de once.

que ya empieza á tejer sus celajes de oro. Bajo el beso del sol que prepara las virginidades y fecundaciones de la primavera, como que el alma se empina-

Aquella mañana radiante de sol, con tibiezas primaverales, en el mercado de flores, las rosas mostraban su piel inocente, sin rubor, recién salidas de la niñez y bañadas de pubertad. A lo largo de la Alameda, por entre las ramazones corrían ráfagas deliciosas: diríase que de los poros de la tierra emergían hálitos de juventud, heraldos del brote y del florecimiento de risas. Era la sonrisa comunicativa y jovial de la primavera próxima,

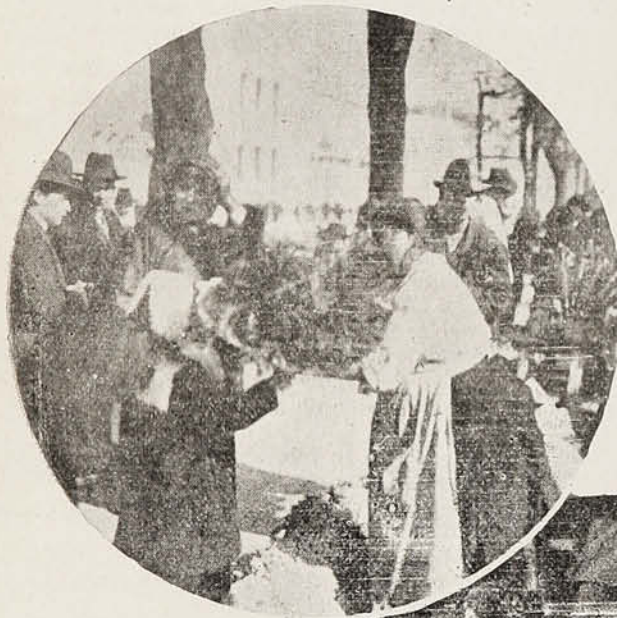
se á la cima de los árboles, pusiese el oído al rumor imperceptible de la savia y anhelase sorprender, en la preñez de la célula, el complejo y obscuro secreto del perfume... secreto impenetrable y encantador de las cosas sutiles y enervantes.

Decía que aquella mañana, sobre algunas hojas de helecho, las rosas, bellas porque si tal que las mujeres y las estrellas, mostraban sus desnudeces mareantes, sin otro ropaje que el de la luz. La brisa, en soplos concuiscientes, pasaba sobre ellas hurgando secretos de color y de aroma. Algunas rosas abrían sus pétalos como corset de raso que descubre los encantos del busto...

Las flores sonreían con estremecimiento loco, como colegialas lejos de la severa férula; al igual de las colegialas, las rosas eran frescas é impúdicas, de carnadura fuerte, de gracias nacientes bañadas todavía por la infancia.

Las flores reían con risa de múltiples colores. Con sonrisa pálido-desleída, con risas galantes de dorado champan, con sonrisa romántica de rosa blanca constelada de luna; otras, las más tímidas, reían como señoritas en sociedad; una rosa thé, de estirpe aristocrática, plegaba sus labios de seda en un gracioso mohín. No distante, una gran mancha de rosas color concho de vino; éstas reían con carcajadas francas é intempestivas, parecían congestionadas y borrachas de sol...

Ciertas rosas pajizas, tenían el tono aterciopelado de una nuca blanca con pelusilla de oro, donde brillase, como un astro, una cabellera rubia y cálida. Otras, eran ardientes como el deseo contenido; otras anaranjadas, y lucientes como el cútis de las campesinas; unas pálidas, virginales, con imperceptibles matices azules, contrastaban con las rojas, de un rubí de sangre, tal que una boca carnosa de mujer, insaciable de almas y de besos... Entre un manojo de corales de fuego, se erguía una rosa alba, opulenta: tenía en su color los matices imprecisos y ondeantes de la piel humana; era cálida, olorosa, radiante; era así como la visión imprevista de unos senos blancos de doncella...



I.—Una vendedora de flores ofrece su perfumada mercancía, en la Alameda de las Delicias, a pleno aire.

II.—Grupos de jóvenes risueñas, adquieren grandes ramilletes para adornar sus habitaciones o festejar al amigo predilecto...



Ah!... El alma hubiera querido revolcarse sobre aquellas flores; poseerlas á todas juntas en un beso de amor. Sentir en mis ojos la suavidad de sus pétalos; sentir en mis labios el temblar de sus capullos; sentir en mi piel abrasada la sensación de su carne joven; y en un fugaz minuto embriagador, que penetrase por mis poros el hábito de las rosas y circulara por mi sangre y entrase en mi alma en un infinito florecer de rosas blancas...

Yo no sé si el sol, aflojando con dulce pereza mis musculos, ponía en mi alma estas ingenuas exaltaciones; ó si era mi alma la que prestaba al sol los dones de su amor eterno y de su juventud inextinguible!

—¡A veinte centavos el ramito! gritó cerca de mí un pingajo humano. Era una muchachita de ojos desteñidos y labios sin expresión; un vestido de percala ceñía sus formas, sus quince años mordidos ya por la tisis y los vicios. Sostenía al brazo una cesta colmada de florecillas multicolores.

—¡A veinte centavos! repetía con voz chillona, cerrándome el paso.

¡Cómo—pensé yo—las flores también se venden! Hay trata de flores como de blancas! Y esto á vista y paciencia de las autoridades y del buen Dios! ¿Qué monstruosidad!

¡Claro está que yo no las compraría! La mujer y las flores no se obtienen por el oro; se conquistan ó se hurtan del cercado ajeno... ¿Comprarlas? ¡No faltaba más!

Fuera del radio central, en esos barrios que todavía conservan la borrosa poesía del coloniaje, por sobre las tapias de los jardines, asoman las rosas llenas de curiosidad, al alcance del transeunte... Como niñas románticas que llevan en el alma luz de luna y esperanza y de codos en el balcón aguardan eternamente al príncipe de sus ensueños, así las rosas esperan la mano del poeta que las liberte del rosal; sueñan con morir entre imágenes de nacar y de luz, mariposas que en la trama del verso fija el poeta con alfileres de oro.

—¡Cómprolo para su polola!—insistía la rapazuela.

¡Su polola!... Aquella frase era una evocación; á su conjuro renacía el recuerdo de mi juventud, armoniosa y sonora como una harpa, hecha de trinos y de arrullos, con alas de quimera... Del divino polvo de sus alas, que el mundo robó, acaso flote un átomo en algún lucero desconocido...

¡La polola!... ¡Ya nó! Ya no era posible soñar con tan gloriosas frustrerías! ¿Dónde encontrar la ingenua niña que, como la rosa al poeta, se entregase á mis ensueños azules, á mis crisis románticas, cuando en noche de luna, sin motivo alguno, se llenan los ojos de lágrimas y el alma de temores y agonías sagradas?

Próxima, la esquila de una iglesia llamaba á la oración.

Un pensamiento hondo y conmovedor me llenó de dulzura. Estuve un instante irresoluto. ¿Y por qué nó? ¿No la había amado cuando niño sobre todas las cosas de la vida? Con la canasta de flores penetré al templo. Nimbada de luces resplandecía la Virgen como una estrella. Tendió los brazos en un piadoso gesto de amor, á los indiferentes; á los dolorosos; á los que hicieron llorar porque amaban y á los que amaron sufriendo; á la enorme recua anónima de flajelados, que sedientos de reparación no tienen otra esperanza que el cielo... ¡ay! un cielo en que no creen y del que tampoco esperan nada!...

Como en la niñez, que sonreía á mis ojos cándidos, ahora sonreía la Virgen á mi cora-



¡A veinte el ramo!

zón y á mi frente azotados por borrascas tempestuosas; sonreía con dulzura de miel de flor, con suavidad de lágrima que el dolor transforma en poesía.

Y de rodillas, en embriaguez beatífica, recé con toda el alma—como rezan los descreídos y los tristes—por las mujeres que he amado y por las que me han amado.

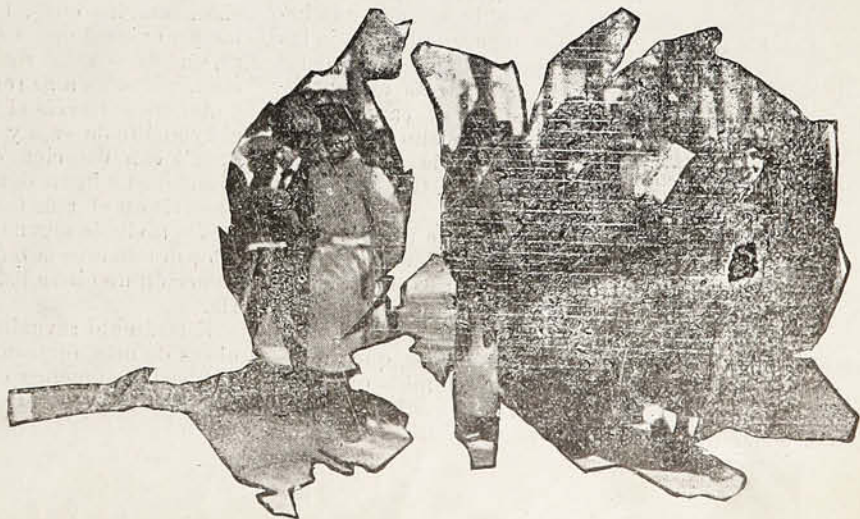


¡Flores para la chiquilla!

Y como el pecador que vierte sus lágrimas en el ara santa, volqué al pie de la Virgen la cesta de flores!

ALBERTO MAURET CAAMAÑO.

Santiago, 1.º de Agosto de 1912.



Flores y hojas unidas en un mismo tallo



Valparaíso, 4.^a semana de Julio de 1912.

Esta Cosmópolis, esta abominable factoria fenicia de nuestros románticos, tiene en su propio mercantilismo cosmopolita un áspero encanto de novedad, un acre sabor exótico.

Imaginémonos recién llegados de la provincia, con nuestro bagaje libre de fardos de experiencia y nuestra lengua vernácula virgen de barbarismos. Caemos de pronto en el torrente de la gran ciudad como corizas que se precipitan en una catarata, inermes y dóciles á todos los vaivenes de lo que nos rodea y nos transporta.

Mas allá del barrio del Almendral, que es como el último refugio del chilenuismo de Valparaíso, el Puerto se retuerce entre los cerros y el mar ávido de bañar sus antiguas cavernas. Un estrépito de hierro y vapor, un ambiente tamizado de hollin, una red de callejuelas bordeadas de altos edificios con ascensores y subterráneos, nos dan una primera sensación de tierra extranjera, que luego ha de completar la multitud que el trabajo arremolina á lo largo de sus aceras.

El paso elástico, el ojo alerta, la voz dominadora, van robustos y lentos, ó delgados y nerviosos los ciudadanos del barrio burocrático y mercantil proclamando al paso del desconocido la preocupación dominante de su vida: el «business»; el «arbeit», ó más bien s'«Geschäft», el negocio.

Puede que practiquen el tráfico por vocación verdadera, por sport, como una derivación de la habilidad que nuestros abuelos prehistóricos pondrían en la caza del oso, del hombre. ¿No hay en esto un arte, y no lo practicaba á maravilla el griego astuto y locuaz que comerciaba con las Islas, sin desdeñar por eso á sus artistas?

Yo me figuro á muchos de estos cazadores de oro, implacables en la especulación y en el vencimiento de letras, como los más hábiles alquimistas modernos, en el fondo, animados de ideas excelentes y de secreto sentimentalismo. El dinero que cae en sus manos en cascadas á veces rojiza como la sangre y ruidosa como el llanto, ha de convertirse, en el fondo de la caja de economías, en la imágen de un chalet pintado de rojo, con persianas verdes, bajo las que florecen tupidas enredaderas. La ganancia de un día, bravamente disputada á otras garras en los pujilatos verbales de la Bolsa, será hoy el capricho parisiense de su mujercita, mañana el piano para la hija mayor ó el aguinaldo que espera la parvada de ojos celestes y crenchas de oro nuevo, tras la noche de San Silvestre.

Suelen ocurrírseme estas cosas ante un grupo de panzudos agiotistas de la calle Prat, mientras repica la campanilla del Centro de Corredores llamando á la Rueda. Ellos me recuerdan al sórdido despachero de los Cerros, al prestamista de barrio obrero, á otros aun más bajos explotadores de la miseria, que al fondo de su tenducho sustentan una familia que también ha conocido el duro cariz de los «tiempos difíciles» y clama á todas horas por olvidarlo.

Repugnante como es muchas veces ese comercio ¿no se purifica un poco al contacto de los sentimientos profundos humanos que de ordinario lo sos tienen? Han comprendido esas jentes cuánto hay de irremediable en la lucha social y cómo el golpe que se dá nos pone á cubierto del que de aquella mano podíamos recibir. Les falta el soberbio heroísmo de la Renunciación, es cierto; pero cuántas ingratitudes; cuántos menosprecios no suelen venirles de aquellos mismos que su amor exclusivista rodeó de cuidados nutridos con los más preciosos dones arrebatados á los demas...



No creamos tampoco, al igual de nuestros antecesores, en el menosprecio característico del hombre de números por el hombre de letras. Así como bajo la capa oscura de un matemático puede haber un filósofo cartesiano, los mangotes de lustrina pueden disfrazar á un poeta.

Desde su asiento oficinesco, esta juventud razonable y laboriosa que puede ver, al levantar la cabeza cargada de cifras, un ancho horizonte marino y la selva de los mástiles que hablan de aventuras misteriosas y lejanas, Es sibaríticamente grato saludar con una estrofa de Becquer una suma bien comprobada, tanto como esconder entre las tipas de un viejo Diario o Mayor el último folletín de la Revista.

En efecto, diríase que la labor regular y uniforme del Debe y Haber no hace sino estimular en el hombre sus facultades de imaginación y de utopía. Se ha dicho que nadie más apasionado en su fuero interno que el erudito que recorre cada día á la misma hora el sendero de su único paseo entre su casa y la biblioteca, y pudiera agregarse que nadie más fantaseador que el forzado remero de la galera moderna, anclada en medio de las ciudades como una fortaleza del materialismo vencedor.

Cuando se trabaja desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, para continuar por la noche hasta las once, bien podéis creer que el alma menos exigente pide su partija... Un libro cualquiera, un paseo solitario á la luz de la luna; cualquiera cosa, mientras más romántica, mejor.

Así encontraréis al lado del calavera embrutecido al ayudante de caja y al encargado de la correspondencia con vocación de poeta ó de músico. Os sorprenderá un buen día la confesión de una debilidad literaria en el más fuerte calculador de la Oficina; y seréis invitado alguna vez á la habitación de uno de ellos donde luce la más completa y bien empastada colección de obras nacionales de que tengáis memoria.

Estarán allí revueltas y puestas al mismo nivel las obras de más opuesto mérito, ó de ninguno, los raquíticos volúmenes de versos de los impacientes y minúsculas prosas de los periodistas; pero; ¿no es por eso mismo más conmovedora la ingenua devoción de

ese hombre, al rendir un homenaje sin reservas á muchos de los mismos que afectan despreciar á los de su clase?



El Correo, los Bancos, los bares, son los muestrarios animados de ese cosmopolitismo de que os hablaba al principio. Las lenguas metálicas y breves de los hombres rubios enredan sus consonantes en los finales cantantes de idiomas latinos. Pasan, se cruzan, se cortan las más variados, las más desacordes interpelaciones.

—Llallaguas advanced sharply... «Intruso» won by one length and a half.

—Das lässt keine Kechnung.

—Doy á cuatro uno treinta y dos. La cosecha es magnífica.

—Ma, questo non dará piú il cento per cento.

La palabra indígena suena entre tanta estrangera como si fuera ella misma extraña á la multitud. Solo que en su modulación recia y sonora el oído advierte aun el dejo de la pureza ancestral, una secreta invitación á la inmovilidad y al ensueño, mientras otros se afanan por conquistar los frutos de la tierra. Habla todavía en ella, cada vez más distante, la locura razonante y elocuente de don Quijote.

Mas allá de los centros de la oferta y la demanda queda siempre espacio para el desocupado y el bichicuma eterno. Allí acude el contratista de marineros, á escoger sus hombres entre la ronda de cachimbas humeantes.

—Won't you go with us?

Y el mozo rubio ó negro, viendo llegar la contrata despues de una semana ó de un mes de esperarla;

—All right!

E. MONTENEGRO.



Señor Héctor Claro Salas



Srta. Teresa Vial Vicuña

ENLACE
VIAL VICUÑA-
CLARO SÁLAS.

El Domingo 28 del presente, á las 12 M., se efectuó en la Capilla de los RR. PP. Franceses, el matrimonio del señor Héctor Claro Salas con la señorita Teresa Vial Vicuña.

Asistió una numerosísima y distinguida concurrencia.

Sirvieron de padrinos,



por parte del novio el señor Luis Claro Solar y la señora Victoria Salas de Claro; y por parte de la novia el señor Nicolás Vicuña y la señora María Oriana Vicuña de Vial.

La ceremonia resultó muy lucida, y fué seguida de una simpática fiesta en la casa de la novia.



I. Un personaje conocido y algunas damas elegantes, risueñas y hermosas.

II. ¿Nos llegará el Espíritu Santo?

III. Nosotras no lo buscamos, (al Espíritu Santo,) ¡bien puede él buscarnos á nosotras! (Fot. por Rada).



Al margen de los libros



LEYENDO A AZORIN

DIA llegará para la literatura castellana en que la curiosidad piadosa de los españoles se despierte en toda su inteligencia á investigue sus periodos menos estudiados y las obras de autores totalmente desconocidos hasta hoy. Que mientras en Inglaterra, Alemania y Francia los críticos y los polígrafos renuevan cada año sus buscas eruditas sobre las letras nacionales, en la Península no parece sino que se estuviera condenado á vivir siempre al amparo de esa cómoda ley del mínimo esfuerzo mental. Felizmente suele interrumpirse de tarde en tarde este marasmo gracias á las sorpresas de algún hispanófilo ilustre ó de algún raro estuilioso que, como Menendez Pidal, Bonilla ó Azorin se sumergen en lecturas áridas para sacar á luz la flor y nata de vidas ilustres ó de teorías estético-filosóficas dignas de mejor suerte que la del olvido. De este modo las «Lecturas Españolas» de Martinez Ruiz significan un atrevido esfuerzo sintético de investigación y de comentario. Azorin, como crítico sagaz lleno de sabiduría, apenas si aparenta desflorar tales ó cuales asuntos, sin adentrarse en las materias con paciencudo esfuerzo analítico. Su crítica representa un empeño análogo al de su sistema de novelas; esto es, estudia el aspecto de las cosas, ó los rasgos precisos y eternos de un escritor, á través de impresiones sutiles y de sensaciones coloristas que sugieren mas que esplican el contenido de un libro, el alma de un paisaje, la dirección de una tendencia, la finalidad de un carácter ó el alcance de un intento estético. Y no se crea que esto signifique que las «Lecturas españolas» componen un libro superficial, escrito á humo de pajas, sin reflexión previa y sin la seguridad de juicio que da un estudio detenido; mil veces nó; Azorin conoce sobradamente y á fondo las letras españolas para pecar de ligero y hueco. La apariencia de gacetilla de tales «Lecturas» es un simple aspecto de concisión y encanto: no es fácil concebir páginas mas sustanciosas ni mas apretadas de noticias interesantes, vaciadas en el molde de un estilo inconfundible y preciso como el que más. Las obras de algunos escritores antiguos desconocidos ó olvidados como Mor de Fuentes, Fernán Caballero Larra, Mesonero Romanos ó Pi y Margall se animan y reviven en juicios justos y sencillos; los de ciertos espíritus del presente, ya se trate de Galdós, Costa ó Baroja nos los presenta Azorin con seguridad y penetración tranquilas de crítico observador y agudo. Así las breves notas sobre el maestro creador de los «Episodios Nacionales» valen por centenares de páginas bien pensadas y mejor sentidas.

Un lazo espiritual une todos los trabajos del libro: el amor curioso «por lo que constituye el ambiente español» y la originalidad del pensamiento peninsular. La España entrevistada por Azorin es la España pintoresca, antigua y moderna, con sus rasgos peculiares y autóctonos; la España de cuatro siglos, guerrera, pesimista y patriarcal, comprendida á través de la bizzarria de sus mejores escritores; una España, en fin, que es muy otra que la de la Historia oficial

y la de los tratados compuestos «ad usum scholarum». Martinez Ruiz la siente de cerca, época tras época, y se funde en su desfile inteligente de caracteres y de costumbres, palpita con ella y vibra con el ritmo de su vitalidad cada vez más acentuada. Comienza evocando una charla de estudiantes que en una posada castellana del siglo XVI, departen ante una cazuela de guisado y recuerdan, entre sorbo y sorbo, al maestro Vives, perdido en Brujas la sabia, donde arrastra el peso de sus años postreros con serenidad de estoico.

El comienzo de la excursión ideológica no puede ser mas interesante: Azorin nos encamina hacia la España antigua del humanismo. Juan Luis Vives la encarna como una abstracción del genio peninsular hecha espíritu y teoría. Sus «Diálogos» son representativos del medio y de la época: amor de poeta por la tranquilidad de la vida española; serenidad de filósofo ante la bondad íntima del carácter hispánico. Como buen humanista y mejor hidalgo, Vives no tuvo mas tesoro que su ideal, ni mas hacienda que una fortaleza espiritual templada en el estudio y en la adversidad de la vida. Junto á él el punzante Saavedra Fajardo representa una modernidad filosófica avanzada. En sus escritos apuntan embestidas formidables contra la política de su tiempo. ¿No ha tenido acaso la trascendencia de un juicio certero aquella reflexión suya escrita en las «Empresas políticas» casi á mediados del siglo XVII? «Si en España hubiera sido menos pródiga en la guerra y más económica en la paz—dice—e hubiera levantado con el dominio universal del mundo». Muchas de estas verdades podrian repetirse hoy sin que se advirtiera el peso de casi tres siglos que descansan sobre ellas.

Como Saavedra Fajardo tambien Gracian fué un revolucionario y un modernista en materia de pensamiento. Su obra capital, «El Criticón», se adelantó á su época con esbozos de doctrinas que siglos mas tarde habian de aparecer refundidas en pensadores como Taine y Nietzsche. Así, en Gracian aparece comprendida en sus principios jenerales, la teoría sobre la raza, ambiente y momento que el genial autor de la «Historia de la literatura inglesa» formuló como base de su crítica». Participa el agua—escribia en «El Criticón»—las cualidades buenas ó malas de las venas por donde pasa, y el hombre los del clima donde nace; y, luego, hablando del carácter español y de sus peculiaridades le atribuye á que España «es muy seca, y de ahí les viene á los españoles aquella su sequedad de condición y melancólica gravedad». De esto á cualquiera de las observaciones estudiosas de Taine no hay mas diferencia que la de una sistematización continuada: «La raza forma al individuo y el país á la raza—escribe en sus «Viajes á los Pirineos»—Un grado de calor en el aire y de inclinación en el sol con la causa primera de nuestras facultades y de nuestras pasiones».

En cuanto al individualismo ético de Gracian que

evoca las mas hurañas bizarrías del filósofo de Zarathustra solo bastaría citar algunos de las conclusiones desquiciadoras del «Oráculo manual» para comprobar tal aserto». Conocer los afortunados para la elección—dice—y los desdichados para la fuga», y, mas adelante: «Nunca por la compasion del infeliz se ha de incurrir en la desgracia del afortunado» y, finalmente: «Saber excusar pesares... Nunca se ha de pecar contra la dicha propia por complacer al que aconseja y se queda fuera». Baltasar Gracian vació en su «Oráculo Manual» toda la amargura de su espíritu. A pesar de sus valimientos la osadía de tales principios le acarrearón horas de agrias persecuciones, Azorin recuerda que cuando la publicación de «El Criticón» escribía el Preósito General al provincial de Aragon lo siguiente: «Conviene velar sobre él; mirarle á las manos, visitarle de cuando en cuando su aposento y papeles, y no permitirle cosa cerrada en él». Esto pasaba en el siglo XVII y Baltasar Gracian era fraile de la Orden de San Ignacio...

Tambien don José Cadalso rompió lanzas en su siglo contra los perjuicios y los errores de la política y de las costumbres. Su influencia fué grande en la filosofía y en la literatura. Su criticismo equilibrado le acarreó enemigos sin cuento y ataques arteros. Cadalso pintó una España muy poco halagüeña para que fuese tenido en alta estima por sus compatriotas; quien se atrevía á decirles: «Cada particular funda una vanidad grandísima en haber tenido muchos abuelos» ó, en España son «muchos millares de hombres los que se levantan muy tarde; toman chocolate muy caliente y agua fria; se visten; salen á la plaza; ajustan un par de pollos; oyen misa; vuelven á la plaza; dan cuatro paseos; se informan en que estado se hallan los chismes y hablillas del lugar; vuelven á casa; comen muy despacio, duermen la siesta; se levantan; dan un paseo al campo; vuelven á casa; refrescan; van á la tertulia; juegan á la malilla; vuelven á su casa; rezan; cenan y se meten á la cama» quien era capaz de decirles tales pesadeces se comprende facilmente que no gozara de una digestión tranquila, ni de los boatos que proporcionan un puesto en la Corte ó una cartera en la Diplomacia. Cadalso fue un precursor de Figaro como Mor de Fuentes de no pocos escritores de la segunda mitad del siglo XIX.

Pero ¿quién era Mor de Fuentes? Azorin nos lo presenta en un estudio vibrante y minucioso, que es el mas fiel trasunto de una de las mejores épocas de la primera mitad del siglo XIX en España. Nada hay que tenga un interes tan pintoresco como la vida de ese bohemio originalísimo que vivió mucho y muy bellamente, cantó la palinodia de agrias verdades y fué á morir en un desvan miserable. Su obra es desconocida: ni siquiera en los tratados sobre historia literaria se le menciona. Vivió en su tiempo una bohemia loca mas hermosa y miserable que los de los Gauthier, los Mendés ó los Glatigny. Su labor interesante, digna de ser recordada, se reduce á un librito editado en Barcelona en 1836, cuyo titulo reza: «Bosquejillo de la vida y escritos de D. José Mor de Fuentes, delineado por él mismo.» En sus páginas relata ese correr sin rumbo que fué su existencia toda, á traves de España ó ya en Paris, el Paris romántico de Chateaubriand y de Madama de Staël. A poco de llegar á la gran ciudad, Mor de Fuentes tuvo curiosidad de conocer al crítico Nisard, atraído por la im-

placable severidad con que castigaba al naciente romanticismo. En la entrevista, «díjele—escribe en su Bosquejillo—que trataba con excesiva contemplación y no varapaleaba como merecían á los prevaricadores. A lo cual le respondió Nisard con altísimo buen sentido: «Eso consistirá en que, «como me he criado entre ellos, me habré contagiado algun tanto»; y usted, como que entre en este ambiente epidémico de nuevo y con toda su pureza, se indispone y se encrespa á los primeros hálitos que le asaltan. «La confesión de Nisard no puede ser mas interesante: talvez ella esplica la dulzura imprevista de ciertos juicios sobre los románticos.

Cuando la invasión napoleónica, Mor de Fuentes trabajó activamente por la causa patriota. Estuvo á punto de ser uno de los caudillos dirijentes que en mas de una ocasion pudo pagar con la vida las audacias de un temperamento arrebatado. De Zaragoza pasó á Madrid, y luego á Cartagena para volver á la capital algunos meses despues y enseguida salir para Aragon. Durante el trascurso de estos años sus aventuras se multiplican; ora son enredos políticos, ora proyectos literarios ó ya empresas científicas. Se propone realizar grandes proyectos mientras la vida se le va de entre las manos. La razon de su libertad es la de su propio sacrificio; por algo ha dicho: «El ídolo de mis entrañas fué siempre la absoluta independencia».



Azorin.

Así vivió y escribió don José Mor de Fuentes. Su cultura universal le permitió conocer todas las literaturas de su tiempo. «Su primer trabajo,—escribe Azorin,—consistió en traducir del griego á Tucídides, y traducirlo sin ayuda de gramática ni diccionario.» Mas tarde compuso varias memorias y tratados científicos: sobre el régimen de lluvias y vientos en España (De causis pluviarum et ventorum in Hispania tentamen); sobre un método nuevo para limpiar canales; sobre un parangon del sistema constitucional de España con los principales gobiernos; tradujo tambien, por primera vez en lengua española el «Werther» de Goethe y cuando residió en Paris asombraba á los propios franceses por su conocimiento acabado de la lengua de Corneille. Sin embargo, la falta de método y orden le impidió sacar todo el provecho necesario de su cultura universal; se contentó con vivir alegre y descuidadamente como un poeta que arroja cada dia un puñado del oro de su juventud por la ventana entre horas de divino placer y de locura. La bohemia de su vida fue su peor enemiga. Ella le cortó las alas.

Como en las páginas sobre Mor de Fuentes Azorin apunta observaciones muy precisas al tratar de don Mariano José de Larra. Cuatro ó cinco rasgos le bastan para desentrañar el carácter personalísimo de su espíritu agrio, satírico y pesimista. Los apasionamientos de Figaro acaso tienen una razon de sarcasmo y de desventura. Fué un romántico empedernido en el fondo. Despues de sus primeros triunfos literarios viaja por Europa. «En Paris—recuerda Azorin—trata á Victor Hugo y á Dumas. Conoce al baron Taylor; el Barón Taylor ha de escribir una obra sobre España, pero desconoce el pais de España. Larra la escribe en frances y Taylor la firma. El libro se titula «Voyage en Espagne»; recibe Larra por él 3.000 francos.» En 1836 colabora á firme en los periódicos; uno de ellos le paga 40 mil reales anuales por doce artículos al mes. Un año mas tarde, des-

pues del estreno de «Los Amantes de Ternel» Larra escribe: «Las penas y las pasiones han llenado mas cementerios que los médicos y los necios... el amor trata, aunque no mate á todo el mundo»... Poco despues Figaro ya no escribe. El amor de una bella le ha robado la tranquilidad á su espíritu. Espera siempre. Es un ilusionado. El 13 de Febrero obtiene la promesa de una cita. Una hora antes pasea con el Marques de Molino á quien le dice, al despedirse: «Ud me conoce; voy á ver si alguien me ama todavia». Llega la hora del encuentro. Ella acude. Departen ambos un instante. La ruptura es inevitable. Ella

abandona á Larra. Cuando aún no se ha alejado lo suficiente de la casa, suena un disparo... «Son las ocho y media de la noche»,... apunta Azorin.

La lectura del libro de Martinez Ruiz nos deja una alada sensación de ensueño y de nostalgia. ¿Es posible, nos preguntamos, al doblar la postrera hoja de las «Lecturas Españolas», que Mor de Fuentes fuese un desconocido, que á Cadalso se le conozca superficialmente, que á Caballero no se le lea y que Larra no haya sido estudiado concienzudamente aún? Figaro nos induce á pensar: ¡Todo es posible en España!...

ARMANDO DONOSO.

EL TORNEO HÍPICO DEL DOMINGO



Asistentes al torneo



El vencedor

LA ESCOLTA DE LA BANDERA

Hemos recibido el último libro del poeta Samuel A. Lillo: «La Escolta de la Bandera».

Conocíamos ya varios libros de este autor sobre el mismo tema. Es el cantor de las hazañas militares de nuestro pueblo. Pero creémosle más inspirados en otros asuntos, y sobre todo, cantando sentimientos propios. Para nosotros el señor Lillo es un poeta subjetivista, como se demuestra en las bellísimas composiciones «En la Cabaña del Tío Tom» y en «La Escuela de Antaño», en donde campea un delicioso sentimentalismo de poeta delicado.

«La Escolta de la Bandera», su última producción, es un poema breve que canta la pérdida del Estandarte del regimiento chileno «Segundo de Línea» en la batalla de Tarapacá el 27 de Noviembre de 1879.

En este poeta está vibrando el patriota antiguo que no acepta las ideas modernas. Veamos:

«Que no había cruzado todavía
Por sobre nuestra tierra la enseñanza
Desquiciadora de una nueva escuela
Que, cual nube sombría,
De otros cielos revueltos hoy avanza

Y nuestros campos vírgenes asuela,
Haciendo vacilar con el empuje
De sus iras extrañas
El amor de la patria; el más robusto
De los robles que dan nuestras montañas».

No creemos tan desquiciadora la enseñanza de esa nueva escuela; pero aquí esto tiene poca importancia, pues no se trata de una obra sobre sistemas de organización social.

Notamos que en los versos del señor Lillo aún quedan resabios de los antiguos moldes tan monótonos.

Un crítico (?) hablando de este mismo poema, ha dicho con cierta solemnidad algunas frases sobre los decadentes y modernistas.

Quisiéramos que ese señor nos hablara de un complicado estado psicológico, de un colorido exótico, o de una sensación nueva (de las tantas sensaciones que recibe el espíritu cada día) con «el argentado coche de la luna», «la alegre risa» ó «el negro manto de la noche» de los graves clásicos.

D. DE LA V.

La Compañía Borrás estrenará el Lunes próximo una hermosa comedia titulada «La Batalla», debida á la pluma del delicadísimo poeta don Manuel Magallanes Moure.

En nuestro teatro naciente son verdaderas joyas obras de esta naturaleza. Ya conocemos una bellísima pieza de Magallanes: «El Pecado Bendito». Comedia de una delicadeza extraordinaria que nos mostró de improviso un dramaturgo de un porvenir brillantísimo, que, desconociendo los recursos escénicos, supo salvar numerosos obstáculos, y presentar una encantadora obra poblada de espiritualidad y de finura.

Como poeta el público ya conoce demasiado á Magallanes, en sus preciosos libros «La Jornada», «Fascetas», y en innumerables poesías, cuentos y artículos, que han aparecido en diversas revistas y periódicos.

El último libro de Magallanes «La Jornada» lo ha puesto á la altura de los mejores poetas sud-americanos, pues es una obra concluí-



Don Manuel Magallanes Moure, leyendo su drama «La Batalla» al señor Borrás y á la simpática dama Anita Adamuz (Fot. por Rada).

da que revela una clara y vigorosa personalidad, que se destaca gallardamente entre esos versos, serenos y tranquilos que hacen bien al espíritu, y obligan á ver la vida bajo un aspecto simpático que convida al amor y á la bondad.

Este magnífico poeta no solo nos ha dado agradables sorpresas en el teatro, sino también en el cuento, presentándonos admirables joyas como «Sol de estío», cuento hermosísimo, en donde palpita el alma de Magallanes, su temperamento, su delicadeza inconfundible, y un «no se qué» atrayente, que vibra, en la obra toda de este poeta.

No tenemos porqué dudar de que su nueva comedia «La Batalla» obtenga un hermoso triunfo. Magallanes tiene ante todo la intuición de lo bello, y por eso es que en las obras teatrales en donde se necesita más que nada la experiencia y los conocimientos técnicos, él ha sabido triunfar solo con temperamento de artista.



UN NUEVO LIBRO

Acaba de aparecer, lujosamente editada «Las jornadas de la di. ha» novela del joven escritor don René Hurtado Borne.

Al parecer es esta una buena obra de juventud. Ya hemos tenido oportunidad de conocer el señor Hurtado Borne en su primer libro: «Al través de los Besos y de las Almas» una colección de cuentos, sinó correctos, acusadores al menos de un espíritu delicado, y de un futuro estilista que conoce la belleza de la forma.

Hasta ahora nos ha sido imposible dar nuestro juicio, tanto por falta de espacio como de tiempo para leer la obra detenidamente.

Agradecemos al autor su amable envío.



(Caricatura de Fernández)

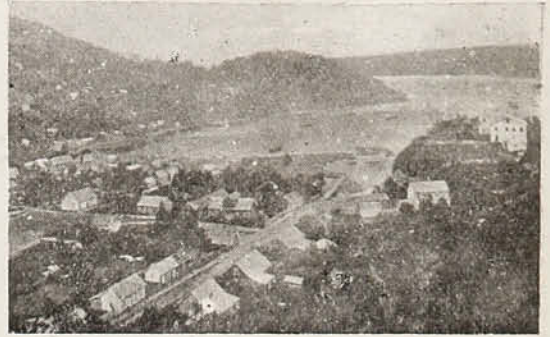
Don Manuel Magallanes Moure

D. DE LA V.

EN EL PAIS DEL BOSQUE Y DEL AGUA

Desde pequeño, el sur de Chile tenía para mí el encanto de una tierra histórica. El indio del centro del país, el indio que habitaba desde Copiapó hasta el río Maule, era un indio sumiso y de suave carácter. Ya los soldados del inca los habían hecho perder su libertad; y la resistencia opuesta á los españoles fué en realidad mui débil; las ciudades y los campos florecieron sin resistencia en breve espacio de tiempo.

En la guerra de la conquista los indios del centro del país no tienen relieve histórico; perecieron en gran cantidad en la explotación de las minas ó se fundían con los soldados que vivían amancebados con media docena de indias. El verdadero criollo de nuestra raza ha nacido exclusivamente en el centro de Chile. Las ciudades se fundaban fácilmente; y aunque llevaban vida ruin y miserable, tenían cierto comercio entre sí y estaban unidas por carreteras más ó menos traficables. Había comenzado para ellas el letargo colonial, el sueño quieto y uniforme de la vida sin aspiraciones, sino con las miserias de la satisfacción animal o las rencillas de hidalgüelos que viven en contacto. En los pequeños valles de la costa, á orillas de los ríos correntosos que sonoramente arrastran sus aguas en lechos pedregosos, al pié de tupidos bosques de laurel y canelos, boldos y máquis, aromados por sus huertas cargadas de árboles frutales, cazando pumas ó criando ganados, los colonos pacíficos arrastraban su vida lenta y pequeña. En el sur de Chile era diverso; los soldados que regresaban de la guerra traían noticias entusiasmadas sobre la belleza del país, sobre sus anchos ríos azules corriendo quietamente por medio de bosques gigantescos é impenetrables, donde se hermanan el roble de musculoso tronco y el coigüe de graciosa y tupida copa y en cuyos brazos retorcidos y robustos cuelgan sus lágrimas rojas los copihües y su cabellera verde y cerdosa la invasora quila. Allí habitaba un pueblo vigoroso, bélico, incansable, que vivía tranquilo en medio de la fertilidad del país, amante de los bosques y de la quietud de laguna de

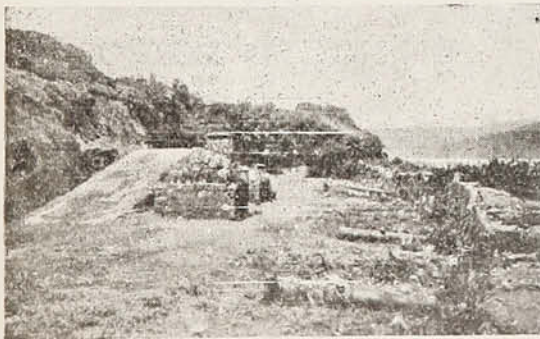


Puerto de Corral



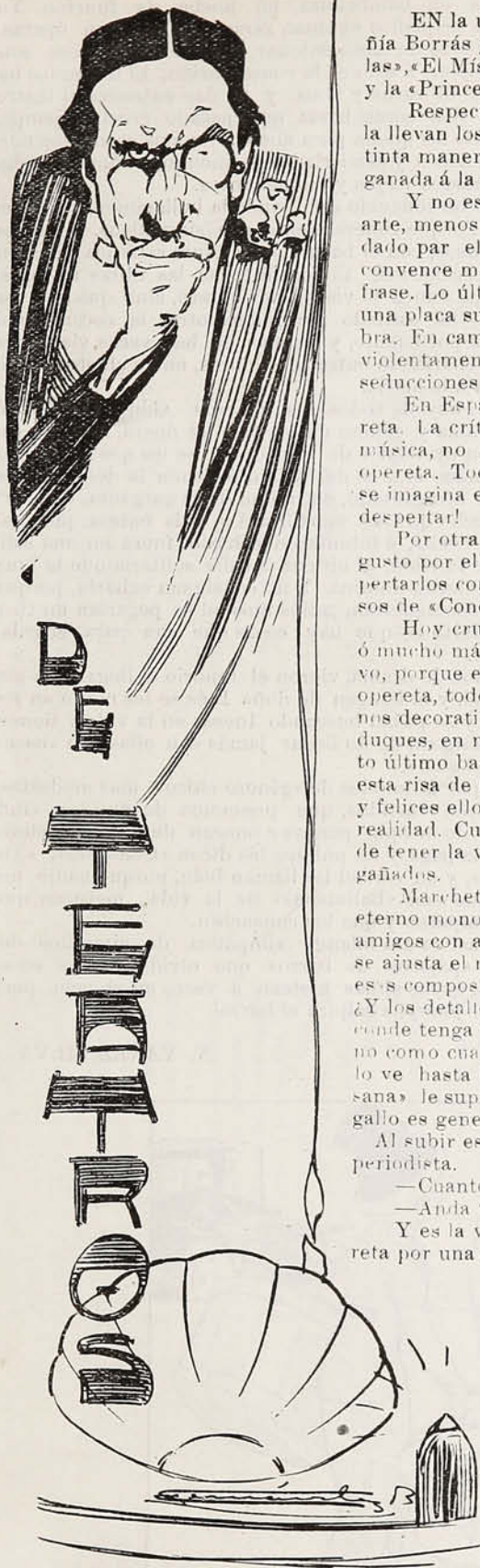
Valdivia. — Alrededores

los ríos. Allí la conquista continuaba como en la primera época del descubrimiento. Ellos habían rechazado la invasión incaica; y oponían la misma resistencia á la invasión española. En vano fundaban ciudades y elevaban fortines de defensa. El indio no se sometía; y apenas las ciudades habían adquirido cierto grado de prosperidad, las atacaban y las destruían. La guerra de la conquista se prolongaba aquí sangrienta y sin resultado. Los capitanes generales del reino se sucedían sin interrupción, dispuestos siempre á conquistar el territorio del indio pertinaz; pero después de media docena de derrotas y algunos pleitos con el Cabildo de Santiago, se marchaban de Chile envueltos en la sucia polvareda de un juicio de residencia; sin embargo, para los soldados que venían á Chile, esa guerra de emboscadas en medio de los bosques y de los barrancos, era una cuestión de amor propio; y el español denotado de audacia rayana con la inconsciencia, fundaba ciudades y se atrincheraba tras sus empalizadas casas de madera. Y la población crece en esta forma: una derrota de españoles y el robo de sus mujeres; una derrota de indios las esposas de éstos pasto de la soldadesca.



Corral Viejo

MARIANO LATORRE.
(Continuará.)



EN la última semana se han disputado el favor del público la compañía Borrás y la opereta Marchetti. «Malvaloca», el «Alcazar de las Perlas», «El Místico», contra «El Conde de Luxemburgo», «Casta Susana» y la «Princesa de los dólares».

Respecto á valor artístico, no hay que discutir que la supremacía se la llevan los tres primeros nombres; pero el público ha pensado de distinta manera, llenando el Municipal. Es la eterna lucha, la eterna batalla ganada á la postre por el espectáculo inferior, pero al alcance de todos.

Y no es que en la opereta no haya arte. Nó. Pero es un arte menos arte, menos expiritual, menos difícil de comprender. Un arte, en fin ayudado por el artificio y la mecánica escénica. Ante mil ojos que miran, convence más el juego escénico de treinta coristas, que la belleza de una frase. Lo último pasa como sombra por la imaginación, y si esta no es una placa suficientemente sensible para apropiársela, se pierde esa sombra. En cambio, el juego de las treinta coristas se nos mete por los ojos violentamente, y tiene la seducción de todo lo decorativo, además de otras seducciones de ese género de juegos...

En España, durante el último año, se ha atacado atrozmente la opereta. La crítica le ha hecho una guerra despiadada al espectáculo, á la música, no por música sino por sensual. Y he aquí la seducción de la opereta. Toca los nervios, los afina, y el espectador en ciertos momentos, se imagina estar soñando uno de esos sueños de los que tanto disgusta despertar!

Por otra parte, esta afición por la opereta es cuestión de época. El gusto por ella estuvo aletargado durante varios años. Fué necesario despertarlos con los vales vieneses, con sonrisas de viudas alegres, con besos de «Condes» y con desdenes inquietantes de «Princesas del dollar».

Hoy cruzamos por la época de la plena opereta, que durará algo más, ó mucho más, para volver enseguida á un relativo silencio, y digo relativo, porque en el fondo del espíritu todos llevamos algo de personajes de opereta, todos queremos ser en ciertos momentos de la vida, más ó menos decorativos; así es que al menor impulso externo, nos convertimos en duques, en marqueses, en barones (hay algunos que se dan cuenta de esto último bastante tarde) y presumimos mientras la platea ríe. Bueno, de esta risa de la platea, hay algunos que no se dan cuenta nunca. Allá ellos, y felices ellos, que más duce es en la vida creerse baron que serlo en realidad. Cuestión de mentira vital, como dice Ibsen y cuestión también de tener la voluntad de engañar siendo, antes que nada, nosotros los engañados.

Marchetti tiene una clara visión de lo que es la opereta. ¿Se la dará su eterno monóculo? Debe ser así, porque en la noche el hombre mira á sus amigos con anteojos ahumados, y para consultar un detalle de su oficio, se ajusta el monóculo. Y resultan entonces esos espléndidos conjuntos, esas composiciones de escenas que hacen pensar en ejercicios militares. ¿Y los detalles? Llega a veces hasta lo inverosímil en este sentido. Que un conde tenga que atar á una actriz el zapato? Se lo ata, pero á lo Conde, y no como cualquier lustrabotas. Ah! el monóculo del señor Marchetti todo lo ve hasta la Liga de las Señoras! Prueba de esto es que á la «Casta Susana» le suprimió el duo del gallo del tercer acto, porque pensó que un gallo es generalmente inmoral y sobre todo á duo.

Al subir esa noche de la representación de «Casta», me decía un amigo periodista.

—Cuanto se agrega y se suprime á la obra!

—Anda tú á averiguar todo eso!

Y es la verdad. ¿Cuanta diferencia en la representación de una opereta por una misma compañía! Estoy por creer que hasta hoy no hemos visto en Chile ni una sola opereta según su original. Y el mismo señor Marchetti nos hace dudar cuando dice:

—Creo que soy el que más me acerco á los originales.

Y lean esto los que con desahogo hacen decir en los carteles: «según el original».

Ya la frasesita se ha desprestigiado, y hoy cuando la oigamos sonreiremos

Parece que actualmente lo de original poco se toma en cuenta. El apresuramiento de la vida moderna, trata de simplificar el trabajo, hasta el punto de asaltar el mercado ajeno. Y luego que es tan fácil y cómodo defender de esos enjundios que se llaman plajios con argucias y alambicamientos escolásticos. Las más de las veces el público calla, pero es tan significativo y elocuente un silencio, en ciertas circunstancias!

Hace tiempo estaba por hablar en una charla de teatro, de todo ese género especial de individuos, que entran á los teatros, sin ser del teatro, ni de la crítica de un diario, sino «porque sí», porque hubo tiempo en que ejercieron de críticos teatrales, porque son amigos de un cómico, de un empresario, á veces de un portero, ¡y las mas de las veces porque son «ellos».

«¡Ellos!»

Nada me pareció tan difícil como entrar á un teatro sin mi entrada correspondiente ó mi tarjeta personal. Sin embargo, para ciertas personas, nada hay más fácil. ¿Cómo se las componen? Hé ahí lo complicado, lo curioso, lo interesante, lo digno de un estudio. Si preguntamos á uno de esos raros ejemplares de hombres, qué hacen para que se les abran las puertas de los teatros, de seguro que no sabrían explicarnoslo. Son como los artistas, que no se espican á veces como les resultó genial un golpe de pincel o de buril. Lo llevaban en la sangre, no había mas remedio que exteriorizarlo. Así tambien son los abonados gratuitos á los teatros. Aquella facilidad de introducción, la llevan en la sangre, nacieron con ella, y como es una facultad, la ejercen como cualquiera otra. He visto hasta este caso típico: á un mozo elegante de sociedad, vestido de etiqueta, calzado de guantes encararse con los porteros y decirles:

—Voy al palco tal... Olvidé mi contraseña... Entro y salgo. Tengo que hablar dos palabras con un amigo...

Y entran. Ya lo creo que entran. Llevan la facultad en la sangre para entrar, y si por casualidad no entraran, sobrevendría un temblor, alguna conmoción, algo fuerte, que les dejara libre al paso. ¡Bah! Para que nacieron con esa mascotita entonces? Y no hay duda que ellos se la reconocen. Desde pequeños sienten el impulso al llegar á los quince años, y les aumenta, y se desarrolla en ellos tanto la afición, que no solo entran gratis, sino que penetran á los escenarios, á los camarines, y sabe Dios hasta donde los llevaría su instinto de penetración sino se tratara á veces de entradas más herméticas que las de un teatro!

De la pasta de esos hombres, se amasan los futuros cómicos, los futuros representantes de teatros, los futuros empresarios. Nacieron por equivocación en una alcoba, cuando debieron haber nacido en una candileja; los mecieron en cuna cuando debieron me-

cerlos en bambalinas, en noche de función. Ya desde pequeños entonan zarzuelas, entonan óperas, y á fuerza de tanto entonar, desentonan á veces con una tiple. Y esto es la consagración. El teatro los ha cogido de carne y alma. y ¡á dar entonces al teatro estas dos cosas! hasta que pasado mucho tiempo, cuando les queda poca alma y menos carne, los nervios, flacos y esmirriados de anónimos concerjes, entre trastos viejos y telones rotos.

Yo he conocido esa bandada bullanguera y simpática. Porque generalmente son simpáticos, al menos chistosos, con el barniz de cultura artística que dan los escenarios. Conocen todas las obras á trozos, porque nunca lo vieron por entero, sino que una vez el dúo tal, cantado por fulana; otra, la escena cual hecha por zutano, y las mas de las veces vieron la obra charlando entre bastidores, entre chistes y guiños á una actriz.

Los hay de todos los géneros. Género de ópera, de drama y género chico. Los de ópera, siempre tuvieron principios de música, y se les quedó pegado á la mano el arco del violín ó tienen la desgracia de llevar atragantado, en mitad de la garganta, un «dó» de pecho que les mortificará la vida entera, pugnando por salir, é intentaron echarlo fuera en una salida de función, al oír por la calle solitaria que la luna de invierno ilumina. Y no consiguen echarlo, porque si lo consiguieran, ¡adiós ilusión! se pegarían un tiro, tan cierto es que hay cosas que son para guardadas!...

Y los de drama, vieron el tenorio al llegar á la pubertad, y la imagen de doña Inés se les metió en los ojos, y se pasan buscando Ineses en la vida y tienen la amargura de no llegar jamás con ellas á la «escena del sofá»,

Y por último los de «género chico». mas modestos, mas mal vestidos, que presumen de amigos «íntimos» de la tiple porque conocen de vista al chulo que la paga, y en público les dicen «Consuelo», «Am paro», y en verdad las llaman bien, porque nadie mejor que esos «Balbuenas» de la vida, merecen que los amparen y que los consuelen.

Y así va esa falange simpática de gitanillos del arte, «pájaros de barro» que olvidó Rusiñol en su libro, cuyas almas aletean á veces en el cielo, pero cuyos cuerpos salpica el barro!

N. YAÑEZ SILVA.



—A mi tambien me siguen los hombres pero sin pagarlos, para eso...

una franqueza perjudicial; y un espíritu burlón que no se detenía ni ante la respetable cabeza del papá. Lo encontraba también un poco pendenciero; molestaba á los hermanos con cuchufletas de toda especie; y sus amigos eran los dependientes de la tienda del papá y los gañanes que trabajaban al día en los astilleros ribereños. Nadie como él desamarraba un bote y lo conducía río arriba hacia **Quebrada Honda**, de donde llegaba cargado de copihues; ó en compañía de otros muchachos se acercaba á la barra, buscando el oleaje pequeño que hervía su espuma blanquísima al rededor del bote.

Sin embargo, le conocía un afecto y, sin sospecharlo, la buena mamá quería con toda su alma á la graciosa chiquitina que, según todos, amaba al primogénito escapado.

Juanita González, sobrina del cura de la parroquia, beata romántica, eternamente vestida de negro, el alma de todos los bazares de caridad con los que el bueno de su tío pavimentaba la iglesia, tímida hasta la exageración; mezclaba á los ángeles con los jóvenes que conocía; á Ernesto le encontraba semejanza con el Apóstol Santiago, que en su blanco bridón, bajó del cielo á combatir por los españoles contra los moros.

El cura y las viejas solteronas, dueños del Colegio de Señoritas del Maule, se oponían francamente á las relaciones, diciéndole á la chica que Ernesto era un descreído, pero ella no podía aceptar que un hombre que escribe versos como aquellos:

«Y ese angel que en mis sueños se aparece
tiene mi Juana tu celeste encanto»,

fuere un perdido y un ateo. Ella se sabía de memoria todos los versos que el porteño bardo publicaba en un diario de la localidad y el amor en su cabecita afebrada, la habría hecho capaz de todas las locuras y de todos los arrebatos.

El poeta mandaba de ocultis las revistas donde su pluma hirviente lloraba la muerte de un glorioso pasado, pero en medio de esa tristeza la consolaban dos recuerdos: un corazón y un par de ojos.

Juanita se entristecía leyendolos, pero de improviso la asaltaban celosas dudas. Se veía claro que era una persona porteña, porque hablaba de la lejana costa, donde oran las rocas inmensas en medio de la espuma y se extiende el río verdinegro, quieto y límpido, en medio de las montañas cubiertas de robledales y boldos; pero pertenecían á una sola persona esos dos ojos y ese corazón? Versos á los ojos ella conocía varios; pero en medio de la incertidumbre

ruedecilla, maciza y firme, sujeta al brazo de hierro semejaba al girar un disco negro. La rapidez del movimiento fundía en una sombra sus fuertes rayos. La madre inclinaba los ojos, en una actitud indecisa, sin hablar: su hermosa frente de mujer sentimental se destacaba en el mazo de cabellos castaños, y sus ojos estaban humedecidos.

Un hermano chico entró llorando: arrastraba un carrito de latón, sin ruedas, y con un caballo inverosímil.

—Mamá, Lucho me pegó...

—Dile que venga, hijo...

—Me pegó aquí...

—Sí, sí, dile que venga...

Saltó el chico arrastrando su carrito, ya consolado.

Ernesto dió un beso á su madre. Ésta sostuvo un momento la cabeza del hijo predilecto, el regalón como decía el padre, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No seas así, Ernesto, no me hagas sufrir. Y luego acariaciendolo:

—Yo sé que no harás sufrir á tu vieja, que es la única que te quiere de veras. ¿Qué te cuesta, hijo, hacerte querer?... ¡Es tan fácil ser un buen niño!

El muchacho balbuceó enternecido:

—Me basta con tu cariño, viejecita. me basta con tu cariño para toda la vida.

II

Es el Maule pueblo en que predomina el elemento extranjero: tiene ese curioso cosmopolitismo de los puertos, donde las razas se amalgaman y se funden, llegando fácilmente á transformarse y á adoptar las costumbres chilenas. Son extranjeros, españoles ó italianos chilenizados, raza de comerciantes al por menor, ansiosos de tener una posición superior á su origen y á su instrucción, que educan á sus hijos en estos liceos chilenos, democráticos y gratuitos, donde las humanidades son una cosa insignificante: colegios hechos expreso para que la mediocridad no perezca; y pueda tener un título con el que vá al profesorado, á la diplomacia ó á la política.

En el Maule abundan estos comerciantes extranjeros, degenerados y avaros, llenos de pretensiones apenas han dejado el mostrador y se creen con derecho á ocupar un puesto en la sociedad maulina; ya se sabe, se adorna y se emperifolla la casa, se mandan los hijos al Liceo de Talca, y se excogen una media docena de relaciones entre los veraneantes, porque en el Maule un veraneante con apellido, es algo

así como un pergamino ó como una joya preciada que debe mostrarse en todas partes.

Don Ernesto Ramírez, vasco de origen, era uno de estos comerciantes establecidos en el puerto; era hijo de un antiguo capitán mercante, don Félix Ramírez, capitán de la «María Josefa», barca de tres palos que recogía el trigo en las costas de Chile para llevarlo á los puertos del norte, uno de los mil capitanes de la famosa firma Serdio Hnos., establecida hace treinta años en todo el litoral Sud-Americano del Pacífico. Hecha una regular fortuna largóse á la tierra vasca, dejando á su hijo establecido en Constitución con una tienda de trapos, «La Sultana», que ostentaba en la calle de la Recoba su estantería repleta de piezas de género; y bajo el alero antiguo, cerca de las tejas musgosas, el monumental letrero, destacándose, sobre el fondo gualda y rojo de la bandera española, las homéricas letras de un pintor lugareño.

Los negocios marchaban bien; en la tierra maulina la gente tenía predilección por la tienda de don Ernesto que ya formaba parte de las familias del puerto. Se había casado con la hija de un armador francés que pasaba por hombre acaudalado y honorable, y tenía varios hijos.

Eso sí, don Ernesto era un personaje casi inofensivo, siempre que no se tocara la comida y la educación de sus hijos. Un arroz mal condimentado y la reprobación en algún exámen de alguno de sus hijos, eran para él motivo de justa cólera; fenómenos que interrumpían su suave tranquilidad moral.

Sus hijas eran muchachitas mesuradas y suaves; sus hijos menores, estudiosos y medianos. El hijo mayor era un enigma para él: en vano se devanaba los sesos por encontrar un parecido en el tupido bosque de su ascendencia hispana, sin encontrar el remoto entronque, el gérmen ancestral, del que pudiera venir este hijo poeta. Quizá si el tío Antonio? Antiguo capitán, enamorado y soñador, muerto de una pulmonía á bordo de un velero; pero Antonio no escribía versos, sino que se sabía de memoria lo que escribían otros; en el carácter, en el carácter se parecía á Luis, á Luis Duprat, el tío hurraño que ejercía en Valparaíso la profesión de abogado; y al cual tenía particular inquina don Ernesto, porque se había opuesto tenazmente al matrimonio de la hermana con el que llamaba GODO ADVENEDIZO. Y aquí la verba esplendorosa de don Ernesto tenía resonancias épicas, entonaciones proféticas, ¿Godo advenedizo?... ¡Ya verían cuando sus hijos se recibieran y brillaran en la capital, en altos puestos públicos! De Ernesto no decía nada, no lo consideraba como hijo: en el fondo tenía al pe-

queño vate como un muchacho cuya única cualidad era ser querido por su madre; porque en el cariño del hijo para ella, no veía sino un rastrero interés.

Hacía un año que el chico se había escapado en un buque de vela, y no se sabía nada de él. La pobre madre había llorado mucho; pero en esto había sido inflexible el buen señor; él quería ganarse la vida por sí solo? Perfectamente: su padre había llegado á Chile á los quince años, de hortera en una tiendecilla del puerto; y allí trabajó hasta hacer fortuna. No debiera la madre preocuparse de él que, sin duda alguna, no la recordaba jamás, llevando quizá una vida disipada y baja, donde el buen hombre adivinaba ocultas falsificaciones, estafas y pervertidas costumbres: era una aplicación á la realidad, á través de su cerebro virgen de comerciante, de los folletines de Montepin y Ponsón du Terrail, de los que había sido gran lector. Ponía particular esmero en deslindar las cosas bien y alabar delante de los prohombres del pueblo á los hijos menores, en desmedro del poetaastro revolucionario que tenía instintos bajos y vulgares. Ahuecaba la voz mirando hacia todos lados:

—Figúrese usted, perseguía á las sirvientes, aún á las viejas! Las visitas reían.

—Tal vez la edad, don Ernesto. Esas son cosas de la edad.

—Sí, tal vez; pero el mal ejemplo para los hermanitos menores y sus hermanas. Y sobre todo, 18 años es muy poca edad para eso; antiguamente no pasaba así; todos deben recordarlo.

La madre protestaba casi siempre; ella le encontraba defectos que, á no dudarlos, corregiría la edad; pero era tan cariñosa, se arrepentía con toda su alma de los pesares que la daba; ella no se consolaría jamás de la pérdida del hijo mayor que se le aparecía incesantemente, pálido y enfermo, sufriendo miserables estrecheces en la vida á que se había arrojado en una gran ciudad, donde apenas si tenía á dos ó tres personas conocidas; mientras los demás hermanos gozaban deliciosa vida en el puerto, elegantes y alegres, adivinándose ya su porvenir sonriente y claro como un atardecer maulino; este sería abogado, aquél ingeniero; se le aparecía el hijo regalón con sus ojos color *agua de río*, como lo había dicho la pequeña novia en tiempos mejores, su cara sonrosada y alegre y su esbelta estatura de hombrecito crecido.

La madre se enternecía dulcemente á este recuerdo inefable; y su alma cariñosa la hacía notar las excelencias del hijo, tan franco y tan simpático, con aptitudes tan superiores al resto de la familia; pero impulsivo y fogoso, con

EN París, todos los años, cuando revientan en los árboles del boulevard las primeras yemas y la pincelada clara de un vestido femenino pone una nota alegre en la mancha oleaginosa de la muchedumbre, abren sus puertas algunas decenas de teatros para hacer la «saison» de primavera.

Y bajo la sombra amparadora de los toldos de loneta listada en la terraza de los cafés, se comenta vivamente ante el «brandy and soda» ó el «whisky sour» la belleza suave y obscuro nante de Miss Phillis Dare, el perfecto perfil de la Cavalieri ó las actitudes escultóricas de Mlle. Rubinstein, la divina.

Antes, en esta época, la alta sociedad emprendía el vuelo hacia las playas de Biarritz, Trouville ó San Juan de Luz en busca de frescos y azules paisajes marítimos donde tejer un amorcillo volandero y espumoso como las olas; en cambio hoy día esta misma sociedad espera para huir, hasta el verano, pues la «ciudad luz» se vé frecuentada por todas las eminencias de la farándula, que detienen un momento su vuelo fugitivo para distraer el aburrimiento del parisien «blasé» ó del rastacuero ávido de emociones artísticas.

Y entre estas emociones triunfa Mlle. Rubinstein. Y no es raro. Ella es la creadora ó continuadora de un género de bailarines rusos que hasta hace poquísimos tiempo eran completamente desconocidos en Europa entera. Son bailes trágicos, bordados con la vibrante acidez de la atormentada música del alma eslava, que ha nacido para forjar en arte manifestaciones obscuras, aceradas, frías, de una profundidad asombrosa.

Pero el pueblo parisien, de alma frívola y encantadora, lo que más admira «c'est le rare» — que decía Baudelaire.

Y esta es precisamente el «great attraction» de la temporada: el exotismo. Descartando la presencia de Caruso, de la Te-trazzini, de Bassi, Anselmi y la Cavalieri, que actúan á veces en la temporada de invierno, desfilan por los escenarios del boulevard los más variados artistas

extranjeros, desde la Rosario Guerrero, que al compás de un musiquilla picante y voluptuosa deshoja el rojo clavel de un sensual «garrotín», hasta Mlle. Rubinstein que encarga un motivo de baile áspero y hierático, que tiene algo de bárbaro y mucho de guerrero.

Y todas estas aves de paso que se reúnen en París, trayendo desde un lejano país alguna rara flor de arte para brindarla al público desde algún palco escénico, una vez terminada la «saison», emprenden el vuelo en busca de otros horizontes y de otros públicos en la eterna cosecha del aplauso.

Y después que se han marchado, dejan en el alma de los que los oyeron la suave dulzura de un recuerdo desteñido, el fetiquismo parisien ávido de celebridades levanta pedestales á otras ídolos y si no las encuentra, ensalza á una coupletista ó deifica á una coccote...

Y mientras tanto la saudade de las estrellas que pasan naufraga río abajo, río abajo...

En esta página hemos procurado reunir algunas de estas luminosas estrellas fugitivas. Arriba puede verse á la maravillosa artista rusa que lleva el nombre de un músico célebre: Rubinstein, y que ha logrado por algún tiempo cautivar la atención de ese «todo París», voraz escanciador de sensaciones nuevas.

Mlle. Rubinstein ejecuta verdaderos poemas animados en la ágil, evocadora y delicadísima filigrana que tejen los movimientos de su cuerpo y de sus piés...

Fuera de la célebre actriz que sostiene la cabeza del Bautista en el papel de «Salomé», tenemos en esta página el rostro bello, sugestionante de esa incomparable artista inglesa que tantos aplausos ha cosechado en los escenarios de Londres y de París: Miss Phillis Dare.

Esta actriz es la creadora inimitable de la opereta inglesa «The American Girl», cuya música es del famoso Jones, autor de la «Geisha», obra que le mereció fama mundial.



A UNA NIÑA

Mariquilla, Marihuela,
niña de rostro risueño:
llamarán pronto á tu alma
las blancas flores de almendro,
pues aunque Abril amoroso
aún no ha llamado á tu pecho,
ya está poniendo en tu cara
Marzo sus brotes primeros.

En tu conciencia dormida
lleva tu madre consejos,
para que engendren y cuajen
frutos hermosos y buenos.

Ahora es el tiempo propicio
de que siembren en tu seno:
con azucenas, lo puro;
con sensitivas, lo tierno;
con violetas, el recato;
con blancas rosas, lo bello.

Ha de ser de tu inocencia
tu padre fiel jardinero
y ha de sembrar en tu alma
lo mejor que haya en su pecho;
los jazmines en tus manos,
y las rosas en tu seno:
cuando al tener quince abril
Mayo florezca en tu cuerpo
y esté en tí la primavera
todos sus ramos luciendo,
orgullo dará de verte
sin una mancha en tu pétalo,
sin una sombra en un cáliz,
sin una nube en tu cielo.

Correrá alegre tu vida,
y al par que vayas creciendo,
de tu ajuar, hoy diminuto,
se agrandarán los objetos.

Se harán estrado tus sillas,
brotarán hojas tus tiestos,
y el puchero con que guisas
se echará á hervir sobre el fuego.
Se hará grande tu vajilla,
se harán grandes tus cubiertos,
verdaderos los cacillos
y los vasos verdaderos.

También crecerá la cuna
donde hoy meces tu muñeco,
y ¡oh prodigio! de tu forma
surgirá un niño risueño.
Ese será el hijo tuyo,
y mira si has de quererlo,
que con él harás lo mismo
que tus padres hayan hecho.

Bien lo enseñarás, si ahora
te enseñan á conocerlo,
y tus hijos si lo aprenden,
transmitirlo sabrán luego,
¡que es cadena la familia
de elevados sentimientos;
y el eslabón que es de oro
enseña al cercano á serlo!

Mariquilla, Marihuela;
¿pero no me estás oyendo?
¡cuando tengas juicio, lee
lo que dicen estos versos.



CREMA
DEL
HAREM

Las mas aristocráticas damas
de Stambul, que son las mas refi-
nadas en materia de cultura física,
usan la maravillosa pasta conoci-
da con el nombre de Crema del
Harem. Contra ella no existen pe-
cas, ni paños, ni grietas, ni ningu-
na de las erupciones que afean el
rostro de una mujer.

SALVADOR RUEDA.

Crema de Oro

Vea Ud. lo que dice la Ciencia Universal: «Nada supera su eficacia a esta maravillosa Crema para la conservación del Cutis, concluir con los granos, señales de viruelas, grietas, los paños, etc. Una mujer que usa la Crema de Oro se encuentra preparada para competir en hermosura con las mas bellas...»

Boti as y Perfumerías

Francois Saint Bonnet

Parfumerie, PARIS



El Profesor.—Bueno; en conclusión: ¿Cuál es la economía?

Alumno.—Sabido es que una mala digestión...

El Prof.—¡Pero qué digestión ni qué niño muerto... qué tiene que ver.

Alum.—Señor, quiero decir que una mala digestión, acarrea gastos como ser de médico, medicinas y demas enjuagues, lo que se evitaría tomando antes de cada comida una copita de

Cinzano

He ahí la economía.

—¡Aprobado!



Elegancia

Buen tono



Huérfanos

ESQ.

ESTADO

CASA

Huérfanos

ESQ.

ESTADO

FRANCESA

Moda



Chic